



EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 10 de Abril de 1913.

Núm. 15.

Por la libertad de conciencia y la neutralidad de la Escuela

El mitin del domingo

La concurrencia, hora y media antes de empezar el acto, era enorme.

El público ocupaba los sitios preferentes en el amplio local de «Lo Rat Penat» desde la nueve y minutos de la mañana.

A las diez menos cuarto era ya imposible penetrar en el salón, totalmente lleno de público.

La presencia de nuestra compañera «Violeta» fué acogida con grandes salvas de aplausos.

Entre el público figuraba una numerosa y bellísima representación del sexo femenino.

Acudían á cada momento nutridos grupos que no podían penetrar en el teatro y se marchaban á causa de la lluvia.

La llegada de Sol y Ortega, Iglesias, Lerroux y Castrovido fué acogida con delirantes ovaciones y produce honda sensación.

Los asistentes

Han sido muchas las personas significadas de todos los partidos que han asistido al mitin. Es tarea imposible hacer una lista completa de nombres sin incurrir en lamentables omisiones.

Nos limitamos á dar los que conservamos en la memoria, solicitando perdón por los olvidos.

En el escanario tomaron asiento los Sres. Sol y Ortega, Lerroux, Salillas, Dr. Vera, Zulueta (D. Luis) Barcia, Escola, Rivera Pastor, Lupiani, Dorado, Valdivieso, «Violeta», Barea, Gallego, Martínez Sol, Moreira, Peyronceli, Del Pino, Besteiro (D. Julián), Hilario Ayuso, Amarillas, Galán, Cortabarría, Ureña, Martín Rey, Pey Ordeix, Luzuriaga, Gallego Arroyo, Mori, Ginard de la Rosa, Oria, Sotero Pascual, Trompeta (don Eduardo), López y López (D. Eduardo), García Moreno (D. Alejo), Ureña (don Rafael), Ginard de la Puente, García Gómez (D. Manuel), Lamana, Villar (D. Antonio), Villamor, Ballester Soto, Martín Rey (D. Cristóbal), Fernández de Velasco, Tato y Amat (D. Miguel), Moriones, De Buen y Lozano, Molina Moreno, Tapia (D. Luis), Del Rey (D. Amalio), Narganes, Aguilera y Arjona, Modesto Pérez, Santa Ana, Heredia, Santos Barro, Villegas y D. Miguel Pérez, nuestro querido amigo, el amigo íntimo de D. Nicolás Estévanez, el que fué jefe de

Orden público durante la República, que vino expreso de Getate para asistir al mitin.

Empieza el acto

Preside el acto el insigne Simarro, quien da cuenta del objeto del mitin, es decir, pedir la libertad de conciencia y de enseñanza y, precisamente, á un Gobierno liberal, que puede hacerlo.

Así, pues—dice—, estamos aquí todos los que no piensan con la religión oficial de España.

Aquí estamos evangelistas disidentes, israelitas, personas apartadas de toda religión y también masones, sostenedores de escuelas laicas, etc.

También están representantes de distintas fracciones republicanas: el Sr. Sol y Ortega, escondido por excesiva modestia... (Grandes y estruendosos aplausos), y el Sr. Lerroux. (Grandes aplausos.)

Se ha excusado de asistir, porque tiene una hija gravemente enferma, D. Melquiades Alvarez, y por estar ausente de Madrid, D. Rodrigo Soriano. También viene con nosotros Pablo Iglesias. (Grandes aplausos.)

Así mismo se ha invitado al jefe del partido liberal. (Risas), considerando como jefe del partido al del Gobierno actual, presidido por Romanones, aunque no todos los liberales están conformes; pero el Sr. Romanones nos contestó que no podía venir, es decir, que no es liberal.

Pero á pesar de esto, aquí asisten (sin permiso) los liberales Sres. Morote y Ortega Gasset. (Aplausos.)

Y termina diciendo que el acto no es una controversia religiosa, es una cuestión política que se relaciona con todas las religiones.

A continuación el Sr. Blanco Soria leyó gran número de adhesiones, entre ellas las de los Sres. Pérez Galdós, Rodrigo Soriano, Miguel Morayta y de varios organismos nacionales y extranjeros que publicará EL MOTÍN en el número próximo.

Y comenzaron los discursos.

Lucio Martínez

De la Casa del Pueblo, que es acogido con grandes aplausos.

Comienza diciendo, con gran modestia, que él viene porque le ha enviado la Casa del Pueblo, pero sin méritos suficientes para hablar en un mitin en el que figura la intelectualidad más sana de España.

Habla de la educación, y añade que si los intelectuales quieren abrir el cauce de las ideas, acudan á pedir el esfuerzo

del proletariado que dará sus brazos (Ovación.)

Y en las escuelas no debe enseñarse otra cosa que las Ciencias; ¿para qué el Catecismo? ¿Para qué nos sirve? (Grandes voces: ¡Para nada! ¡Para nada!) Y es que á nosotros no nos hace falta el Catecismo para hacer el bien por el bien mismo. (Ovación.)

Cuando salgamos de aquí nos dirán que somos los sin Dios. Si en la cúspide de nuestra labor está el ideal, allí encontraremos nuestro Dios. (Aplausos.)

¡Nos llamarán los sin Patria! ¡Ellos, que no han hecho otra cosa que poner escapularios á nuestros compatriotas para llevarles á morir al Rí, mientras se quedaban en su casa! (Gran ovación.)

Tenemos que ir en contra de la Iglesia, porque representa el oscurantismo—la negación de la Ciencia.

Y termina diciendo que los obreros organizados colaborarán con los intelectuales para llevar á la acción las teorías de éstos. (El discurso elocuente, cálido, lleno de sinceridad y sentimiento del joven obrero, es premiado con una cariñosa ovación.)

Francisco Oviedo

En representación de los evangélicos españoles.

Dice que no pueden los protestantes sustraerse á esta rebeldía de los disidentes de la Iglesia católica, porque nadie como ellos ha sufrido los efectos de la tiranía de Roma.

En España—añade—no hay más problema que el de la cultura.

Nos encontramos en el *abc* de la emancipación del espíritu, que lleva muchos siglos de atraso por la sumisión de las almas al sentimiento belicoso, apresivo, personal de la Iglesia romana.

Protesta de que se haga de las religiones instrumentos de tortura para las conciencias.

Niega el derecho de los católicos á aprovechar la fuerza del Estado para forzar la conciencia de los niños cuando se respeta la de los mayores.

Rechaza el procedimiento de imposición seguido por los católicos para llevar á las inteligencias débiles de los niños ideas que no pueden concebir y que ni de mayores comprenden.

Rechaza que en nombre de la religión se exija «cédula religiosa», porque cada cual es dueño de su conciencia.

Expone la triste condición de vida en que se tiene á los evangélicos.

Termina requiriendo á los concurrentes á este acto de tolerancia que perseveren en el movimiento de defensa de la

libertad de conciencia y sean en el porvenir salvaguardia de esta libertad.

(El notable, razonado, liberalísimo discurso del Sr. Oviedo fué escuchado con gran atención y aplaudido calurosamente al final).

Menéndez Pallarés

Grandes aplausos acogen la presencia del representante del laicismo.

Entra á definir la tendencia del acto. Defendemos algo que está sobre la vida misma, la libertad de la conciencia.

Vamos contra la tiranía, que impone al espíritu esclavitud y muerte.

Esta demanda sencilla podía ir encabezada por el Nuncio.

¿Qué sería de los católicos en países como Inglaterra, Norte América y Alemania, si se siguiera con ellos procedimientos de tiranía como ellos siguen aquí. (Aplausos)

Manifiesta que la católica legislación española tiene recursos para todo, y que en ella está infiltrado el catolicismo.

Se impone en los cuarteles y se impone en los tribunales.

Nuestra demanda, en armonía con las ofertas del partido liberal, es la escuela neutral, no la escuela sin Dios, sino la escuela racional, libre de prejuicios para el desarrollo de la razón por la razón misma.

Queremos librar á la instrucción primaria de esos perjuicios.

No proscribimos la enseñanza religiosa, sino que negamos al Estado el derecho de imponerla, dejando esta función para los sacerdotes en el templo ó en el domicilio.

La Constitución, apoyada por un artículo del Código penal, castiga el hecho de obligar á alguien á realizar actos religiosos que pugnan con su conciencia, y, sin embargo, la religión sigue imponiéndose. (Ovación.)

El Estado no puede tener religión, por que no tiene alma.

La libertad se consagra en la escuela mediante una educación integral.

La enseñanza de la religión antes del desarrollo de la inteligencia es intolerable porque atrofia la razón.

La enseñanza religiosa, si precede á toda otra, crea el fanatismo.

La religión en la voluntad puede ser virtud; en los labios es hipocresía, y en la inteligencia es fanatismo.

La escuela neutral hará alumnos, pero no hará prosélitos. Por eso es honorable defender esa enseñanza.

La libertad ha de tener como base la de cultos, y como consecuencia la separación de la Iglesia y el Estado. (Grandes aplausos).

Pregunta si los católicos temen la controversia con otra religión porque eso sería señal de inferioridad.

Condenamos el fanatismo rojo como el negro, pero éste se da en razón de efecto y aquél en razón de causa.

Nosotros respetamos la religión en el alma de quien la siente, pero no en los que la explotan para fines mundanos que van contra la religión misma.

Queremos libertad para la cátedra, la escuela, la prensa, la tribuna, porque por ellas se difunde la luz en las conciencias.

(Una clamorosa ovación subraya el discurso del grandilocuente tribuno. Su discurso del domingo, que el público oyó con delicia y admiración, fué insuperable en la forma y en el concepto.)

Jorge Fliedner

Hace uso de la palabra en representación de los evangélicos extranjeros, Jorge Fliedner.

(Su presencia en la tribuna es acogida con aplausos.)

Comienza manifestando que no es español y que, por consiguiente, no puede emplear bien en su discurso la hermosa lengua de Castilla, pidiendo al público tolerancia.

Añade que los evangélicos extranjeros no han hecho nunca manifestaciones ostensibles en contra de la religión del Estado, que si en este acto se hubiera tratado de esto, no habría tomado parte.

«Nos concretamos los evangélicos á tomar iniciativas privadas. Sin embargo, el acto de hoy es un alegato en favor de la tolerancia, un acto verdaderamente liberal.»

Pone el orador varios ejemplos, entre ellos el hecho de haberse iniciado por parte de los católicos campañas enconadas en contra de unas capillas protestantes de Barcelona, que demuestran la escasa tolerancia de los católicos, poniendo obstáculos al establecimiento de aquellas capillas mientras las casas de juego y las de prostitución, se colocan en las grandes explanadas. (Grandes aplausos.)

En los países en donde la religión del Estado es el protestantismo, se guarda con los católicos todas las consideraciones; en cambio en España se llega hasta el punto de obligarnos á los protestantes á descubrirnos ante aquello en lo que no creemos.

Hace el orador protestas de amor y respeto al cristianismo, extrañándose de que aquellas intolerancias las cometan los católicos á título de cristianos.

(La serena, meditada, noble y razonada oración del joven alemán, fué escuchada con profundo respeto y agrado, y apaudidísima al final de su discurso.)

E. Ortega y Gasset

Diputado á Cortes y catedrático; dice que asiste á un acto como este porque es liberal, y el liberalismo es consubstancial con la tolerancia.

He de decirlo, con un alto pensador que es signo de firmeza no conceder importancia á tales manifestaciones.

Si no vamos tras de la expansión espiritual, tras de la enseñanza, base de los hombres del porvenir, no podremos aspirar á ser un país moderno. Es preciso que ocupemos en Europa un lugar que no ocupamos.

La tolerancia está consignada en todas las legislaciones de los pueblos modernos. En cambio, la intolerancia, vedla en

Africa. La tolerancia ha hecho á Europa; la intolerancia á Africa.

Seamos todos tolerantes; conviértase la tolerancia en una claridad meridiana.

Es indispensable que creamos muchas de las cosas que ha sustentado el Sr. Menéndez Pallarés.

Todos podemos abogar por ellas; hasta los católicos más fervorosos. Hay precedentes en favor de la tolerancia.

El voto particular del Sr. Labra, publicado en los periódicos, es un alegato importantísimo en favor de estas aseveraciones.

El mitin de la tolerancia de fe, llámase al acto que estamos celebrando. Y así como por los cables de la marina inglesa cruza un hilo rojo, cruce también un hilo rojo que simbolice la tolerancia, por la trama de nuestros actos.

(Al auditorio no se le ocultaba la gran importancia de la presencia en la tribuna del joven diputado de la mayoría, culto, liberal genuino, y que pertenece á dos familias tan ilustres en España. Su asistencia al mitin merece elogios. Cuando terminó su bien pensado y bien expresado discurso se le premió con calurosos y prolongados aplausos.)

Roberto Castrovido

El doctor Simarro se levanta y anuncia que el director de *El País*, Roberto Castrovido, va á usar de la palabra en nombre de todos los republicanos.

Al ocupar la tribuna el diputado por Madrid, nuestro querido director, la ovación que le tributa la gente es ensordecedora, oyéndose voces: «¡Viva el diputado honrado! ¡Viva nuestro diputado! ¡Viva Castrovido!»

Cuando cesa la ovación dice Castrovido:

Ciudadanos: Voy á hablar en nombre de todos los republicanos, oído bien; de todos los republicanos, sin distinción de colores ni de sobrenombres.

Y el hablar en nombre de todos los republicanos es para mí un honor tan grande, que me creo, y quisiera acertar, que el indicarme á mí para que hable en nombre de todos, es con la esperanza de que continúen juntos; antes de hablar de otra cosa, yo me atrevo, como individuo del partido republicano, á rogar, á suplicar, á pedir, que sea cierta la unión. Y en nombre de la Patria, del engrandecimiento del pueblo español, del bien colectivo, exijo que todos los republicanos estén siempre unidos, siempre juntos, siempre con una misma aspiración. (Delirante ovación que dura largo rato.)

Yo—continúa diciendo el Sr. Castrovido—soy un español á la antigua, y quizá por esto las censuras á mi España querida me causen mayor sensación que á los españoles modernizados. Por esto me he avergonzado cuando he oído las cosas que el pastor protestante Sr. Fliedner, nos ha dicho. Y lo grave es que son ciertas, que en España no hay tolerancia ninguna en materia religiosa, desde que los Austrias nos la arrebataron.

¿Y qué esperanza podemos tener con

estos Gobiernos liberales, mezquinos, raquíticos, cobardes que no piensan más que en sus combinaciones particulares? Y sabed que de todos los que componen el partido liberal, sólo exceptúo á los señores Morote y Ortega Gasset. (Aplausos).

La libertad en materia religiosa es absolutamente necesaria; y sólo al partido republicano le cabe el honor de cobijar bajo sus principios á individuos de todas las religiones, á individuos que no profesen religión alguna; para ser republicano basta ser un ciudadano; nosotros no le preguntamos á nadie si cree ó no cree en Dios; nosotros queremos que la libertad sea amplia y grande para que no se dé el caso de que los hombres separen los cuerpos al morir, enterrándolos en cementerios distintos; esto es, separando á los que en vida estuvieron unidos por el amor. Es preciso, necesario, que haya libertad, para que los sacerdotes se puedan casar y no se dé el triste y lamentabilísimo caso del sabio escritor Sr. Pey Ordeix, quien es víctima del Estado español, que ha perturbado su vida y su santo hogar, santo dos veces: una por el amor y otra porque en él ha nacido un hijo. (Ovación).

Es preciso la libertad, pero libertad de veras, no fingida, que llegue hasta la separación de la Iglesia y el Estado. (Nueva ovación).

Alude, en párrafos brillantes y enérgicos, á la secularización de cementerios, á la expulsión de las Ordenes religiosas, al cumplimiento del concordato, al *modus vivendi* y á la ley del Candado, para sacar la tristísima y evidente consecuencia de que Romanones, el gran cacique en lo espiritual, en lo temporal y en Gualajara (risa), no hará nada absolutamente, como no sea favorecer todo cuanto pueda á las Ordenes religiosas. (Aplausos.) Y mientras en España pasan los años y no hacemos nada los republicanos, hasta en China hay proclamada la República. (Muchos aplausos.) Nosotros llegaremos a conseguir lo mismo si seguimos coligados con los socialistas, y yo, que he combatido á todos los republicanos, pero que no les he injuriado jamás, os pido que nos unamos todos los republicanos y todos los socialistas y que no nos separemos hasta que hayamos implantado la República en España.

(El público, electrizado por la emoción que transmitió Castrovido en sus palabras, le tributó una nueva ovación, que duró largo rato. Y el redactor que hace estos apuntes, desobedece la orden del maestro, y lo consigna aquí porque debe y quiere hacerlo. Es obligada devoción á la verdad.)

Luis Morote

El doctor Simarro: Correligionarios: ¡hoy hemos invitado á los israelitas que en distintas partes del mundo hablan nuestro idioma, para que olvidándose de la quema de 1492, vinieran y dejaran oír su voz en este acto. No han podido venir, pero aquí les representará el diputa-

do Luis Morote, (aplausos); así es que, si triunfan las damas católicas, ya sabéis que Morote será el achicharrado por judío. (Muchas risas.)

Y concede la palabra al diputado á Cortes por Canarias.

El Sr. Morote dice que va á usar de la palabra en nombre de millares de judíos que viven en el Norte de África, en Turquía y en otras partes del mundo.

Muchos aplausos acogen su presencia en la tribuna.

Lee el siguiente telefonema que acaba de recibir:

«Luis Morote.—Teatro Rat Penat.

Cincuenta mil israelitas españoles residentes Norte África poseedores libertad culto, gracia Tratado franco-español, encárganme adherirles acto, deseando españoles metrópoli, sin necesidad presión extrajera, sean tratados mismo pie españoles colonia africana.—Alfredo Brisac.»

De modo—dice—que para tener libertad de conciencia habrá que irse á Marruecos. Los españoles consiguen allí lo que no pueden conseguir en España.

El Estado—añade—no cumple con su deber en cuanto á no conceder no sólo la libertad de conciencia, sino ni aun la tolerancia.

Niega que haya fanatismo rojo, diciendo que lo único que hay es fanatismo negro.

Por algo dijo Canalejas: «Hay que dar la batalla al clericalismo.»

Los que tenemos el honor de no ser católicos, estamos en condición de inferioridad respecto á los que profesan la religión oficial.

El Estado no ha cumplido nunca con su deber en materia religiosa; ni libertad, ni tolerancia ha dado.

Secularizar la vida privada como yo lo he hecho, lo hacen pocos.

Recuerda á propósito de la intransigencia española, lo que decía Cánovas discutiendo la Constitución del 76: «Tres cosas nos diferencian de los países cultos: la esclavitud, los Borbones y la intolerancia religiosa.»

Pues bien; todavía subsiste ésta y se puede decir que hasta hemos retrocedido, porque yo recuerdo que los católicos pusieron en el siglo xv, en el frontis del Hospital de Santa Engracia de Zaragoza: «Domus infirmorum urbi te orbe». Entonces los creyentes practicaban la caridad con todos los hombres de todas las creencias, y ahora, para saber lo que hacen, no tenéis más que recordar el caso Queraltó, y lo que ha dicho el otro día el doctor Madinaveitia en la Prensa.

A mí no me importan las responsabilidades; yo, como veis, hablo en nombre de los israelitas y no soy judío; pero no soy tampoco católico, ni profeso ninguna religión; soy lo que debo ser, un ser libre y consciente, y así creo que debemos ser todos los hermanos de una misma familia, y olvidar la otra vida y ser buenos en ésta. El socialismo es mejor que el cristianismo, pues éste labra el cielo y el otro labra la tierra. (Ovación).

Estoy fundamentalmente donde estaba.

Sostengo los principios de la democracia, y si hace falta para defender la libertad religiosa volver al campo político donde estuve, allí iré; porque creeré que sólo ahí se puede estar.

Los pueblos intolerantes van á la decadencia.

Mueren las naciones intolerantes y son cada vez más fuertes los pueblos tolerantes liberales.

(Las últimas palabras del culto escritor producen hondísima sensación y el público hace á Morote una ovación cariñosa y prolongada. El ilustre periodista fué felicitado efusivamente por su magistral discurso).

Pablo Iglesias

Es saludado con una salva de aplausos y con viva.

Empieza diciendo que trae la representación del partido socialista, y por eso viene complacido á este acto político, esencialmente político.

Con la política, poderosa palanca, todo se mueve.

Nuestro ideal es acabar con el poder clerical. Del lobo un pelo. Pedimos hasta la separación de la Iglesia del Estado; pero no desolmos las voces de los que luchan por reformas.

¿Cómo no hacerlo en un pueblo pobre, donde la Iglesia es rica? Aquí, en el pueblo de las rogativas, donde no se sabe ciencia y si catecismo.

Se refiere á la acción capciosa de las damas católicas, que dividen las familias de los obreros y siembran la discordia.

Nosotros, los obreros—dice—, sabemos mejor que nadie cuán dañino es el poder clerical.

Y porque lo sabemos vamos contra él.

Los individuos de la Iglesia votan—los he visto yo—á los enemigos del pueblo que encarecen la carne. Y el poder clerical apoya á Miura y Cierva que nos deshonraron ante el mundo fusilando á Ferrer. (Gran ovación).

Cita el principio de libertad, consignado en la Constitución. ¿Quién hizo esa Constitución? Ellos. Los poderosos. Pues cuando la hicieron y consiguieron ese principio, es porque lo consideraban bueno. ¿Por qué no cumplen esa Constitución?

Lo que pasa es que aquí no ha habido nunca liberales en el poder, sino reaccionarios disfrazados con caretas de libertad.

Aquí está la vergüenza de los que lo hacen todo mirando la cara al Vaticano. Un Mendizábal no lo hubiera hecho. (Ovación).

Estos liberales ni quieren, ni pueden hacer nada, porque están bajo la tutela de la Iglesia.

¿Queréis un ejemplo de la influencia del poder clerical? Pues mirad lo sucediendo con la Comisión organizadora de este mitin, que no encontraba local donde celebrarlo, por las maniobras del Gobierno que amenazaba indirectamente á los dueños de teatros.

Combatiremos así á los enemigos, al encubierto y al otro. ¿Que para ello hay

que luchar? ¿Que hay que derribar instituciones? Se hace, en la confianza de que, unidos por los lazos de la solidaridad humana, llegaremos donde tengamos que llegar.

Para esa obra de libertad, de cultura, de dignidad, siempre se podrá contar con los trabajadores.

(El hermosísimo discurso del «leader» del socialismo español, por lo sano y severo de los principios, y la admirable contundencia en la exposición, agradó extraordinariamente á todos. Y todos ovacionaron clamorosamente al bueno, al honrado, al infatigable luchador Pablo Iglesias.)

Doctor Simarro

El insigne profesor de la Universidad Central hace el resumen del trascendental acto y explica nuevamente la significación y los propósitos de los disidentes.

Estos no van contra la religión, aunque en España la Iglesia católica ha estorbado mucho el progreso de la patria.

Hace un precioso símil diciendo que lo mismo que los vampiros mientras chupan la sangre de otros animales le hacen aire con sus alas, aquí los Gobiernos—los ricos chupan la sangre de los españoles, y el clero hace aire. (Grandes risas y aplausos).

Afirman los católicos que nuestras ideas son de antipatriotas, pues que, según dicen, las tomanos del extranjero. ¿Qué tiene ello de particular? Habrá muchas señoras que encarguen á París sus sombreros. Por qué no hemos de tomar nosotros de allí las ideas, que es lo que está debajo del sombrero. (Grandes risas).

¿No traemos cañones Krupp de Alemania, cañones Schneider de Francia, pólvoras inglesas? ¿Por qué no hemos de traer en vez de armas de destrucción, ideas de humanidad y de progreso? (Gran ovación).

Recuerda que la Inquisición inmoló su última víctima, el maestro Ripoll, en Valencia, y aventó sus cenizas, por el solo motivo de leer á Rousseau, y sin que se declarase que era anticatólico.

Ahora, los que tenemos la franqueza de decir públicamente «no somos católicos», venimos aquí á esta reunión pública. ¡A ver si se atreven á quemarnos!

Y ha terminado el acto.

(El admirable discurso de Simarro, de una fina y demoledora ironía, y de una elevación de pensamiento verdaderamente maravillosa, causó un gran encanto por su lógica é incontestable argumentación. El glorioso catedrático escuchó una prolongada y calurosa ovación).

A la una de la tarde terminó el acto.

La Libertad en las Catacumbas

Mientras el Gobierno ofrecía al Nuncio las calles de la capital y los salones del real Palacio para hacer alarde del espíritu inquisitorial, despótico y terrorifi-

co, poniendo al servicio de su cortejo las carrozas de la soberanía, imposibilitaba la celebración de un mitin á las izquierdas cuya ayuda había solicitado.

Los israelitas del año 1913 pudieron convencerse de que en las esferas gubernamentales, no deben esperar asilo mejor que el obtenido por sus antepasados del siglo xv.

Los protestantes de nuestro tiempo pueden haberse convencido también de que, en lo alto, sigue humeando la antorcha de la Inquisición que quemó á sus antepasados.

Y los disidentes todos han podido cerciorarse de que la Inquisición en España vence, reina, é impera, sólo que lo manifiesta en distinta forma que antaño.

Tal es el cuadro de actualidad.

Entra en Palacio triunfalmente entre el estrépito de las músicas, el símbolo de la hoguera, de la confiscación, de la delación y del terror, á la vez que la Libertad es perseguida y desterrada de la corte, y ha de refugiarse en los suburbios, en lo *Rat-Penal*, como legión extranjera, expulsada de la ciudadanía.

Y allí, en aquellas catacumbas, se ha producido algo que á estas horas quizás preocupe al Nuncio y á sus fautores.

Discurrió el emisario del Papa por las calles de Madrid, rodeado del aparato oficial, por entre un pueblo indiferente.

En la misma entrada del Palacio, la manifestación popular consistía en una docena de mendigos, otra de aficionados á rarezas, y otra de gentes irónicas. Ni una cabeza se descubría; ni un saludo se dirigía á la carroza. Más que la persona del Nuncio interesaban los jaeces de sus caballos.

Y es que el Nuncio es extraño para el pueblo español, y es desconocido todo su simbolismo. El *Papa* ha muerto en el sentimiento nacional.

En cambio, en aquellas catacumbas de *Lo Rat Penal*, brillaba fulgurante el alma española. En los rostros curtillos por el sufrimiento y el trabajo, leíase la historia del gran martirio del pueblo. Las cabezas aplanadas por el dolor y por la afrenta, ergulense de momento amenazadoras y vengativas.

Rifagas de ira volaban por la atmósfera, el viento transportaba en sus ondas el rugido del pueblo español que decía: «aquí el Estado es el extranjero».

No es fácil describir el estado espiritual del mitin.

Un orador arrancaba la máscara de moderno liberalismo á la Monarquía, dejándola en sus desnudeces de vieja acinada... El pueblo reía con la explosión del voluptuoso escarnio ante la figura macabra de la hipocresía descubierta.

Otro orador monárquico, confesaba sus barruntos de la incompatibilidad entre la Monarquía y la decencia nacional y juraba ser antes español que monárquico. El aplauso popular subrayaba su valentía y estimulaba su sinceridad.

El creyente extranjero explicaba las burlas que en España sufren sus creencias, y la masa popular arrojaba sobre la Monarquía la responsabilidad, sumándose al duelo del huésped engañado.

Allí se proclamó la bancarrota de la Constitución en manos de los gobernantes. Allí se descubrió al vampiro romano, aleteando sobre el pueblo español narcotizado en sus energías.

Allí Pallarés puso de manifiesto la anarquía de las leyes y la ausencia de la justicia.

Allí el socialismo se declaró víctima consciente del clericalismo.

Ráfagas de tempestad recorrían el salón, inflamábanse los rostros, encendíanse las pupilas y movíanse convulsivamente los labios.

Castrovido llegó al fondo del alma española.

En contadas frases removió las fibras todas. Gritos de impaciencia coreaban sus sentencias.

El Nuncio de Su Santidad no estaba allí; no pudo sentir el frío de aquel horno ardiente.

Estuvieron, en cambio, todos los republicanos; todos los socialistas; todos los disidentes españoles; todos los extranjeros de países liberales.

Castrovido fulminó este conjuro y arrancó este juramento:

¡Todos á librar la batalla al clericalismo!

El estruendo popular clamó: ¡hágase!

La doctrina de EL MOTIN ha triunfado al fin.

«El clericalismo es el enemigo.»

Es el enemigo del PUEBLO, de la CIENCIA, del PROGRESO, de la CULTURA, de la LIBERTAD, del HONOR y de la PATRIA.

Es la vergüenza nacional, su ruina y su muerte. Así lo proclamaron los españoles enfrente de los romanos.

Ha verificado en los extramuros y en el Monte de los Olivos, el mitin por no hallar albergue en el centro de la ciudad.

La última frase de Simarro fué la voz de mando al pueblo:—*¡En guardia!*

Y á los Poderes les dijo:—¿Buscáis la España anticatólica, que decía no existir? ¡aquí está! ¡Atreveos con nosotros! Lanzamos el guante á vuestra soberbia iracunda. ¿Nos buscáis? Nosotros somos: prendednos y quemadnos si no sentís miedo.

Ya lo sabe el Nuncio del Papa.

Existe una España anticatólica.

A los millares de ciudadanos allí reunidos, se les arranca CONTRA SU VOLUNTAD, por la fuerza y sin derecho, el dinero para el culto y clero y para sueldo de la Nunciatura.

Todos lo han proclamado.

El domingo comenzó de veras la regeneración de España.

Prodigios del Catecismo

El *Imparcial* del día 1.º de Abril, remachando el clavo en defensa del Catecismo, y contra los profesores que lo rechazan hace el siguiente panegirico, en cuya conformidad añado unos paréntesis:

«En nuestra patria todo está por hacer (menos la religión)... Es la tierra inculta (y llena de ermitas y conventos); los pueblos sin caminos (terrenales, pero con el camino recto del cielo); los hombres que se van (y los frailes que se vienen); las multitudes sujetas á privaciones dolorosas y á fatigas embrutecedoras (salvo las comunidades religiosas); salarios insuficientes para sustentar el cuerpo (y en cambio llenamos de millones las almas de los muertos); miseria que lleva á la mujer á la fábrica y la obliga á romper el molde sagrado del hogar (metiéndola monja); viviendas que lanzan al hombre á la taberna y al niño al arroyo (mientras los santos están tan holgados en sus templos riquísimos); todas las podredumbres morales que engendra este cenegal (consagrado al Corazón de Jesús); un proletariado de levita que no encuentra empleo (métese frailes ó curas); incertidumbres por el pan de mañana, que hacen hoy áspera y brutal la lucha por la vida (en cambio tenemos asegurado el cielo), esas y otras semejantes son las llagas de la vida española (católica, apostólica, romana, monárquica y jesuítica). ¿Y vamos á instigar otra vez la disensión religiosa y á causar un incendio que devore las fuerzas nacionales cuando todo aquello está por remediar? (claro que no; todo ello se remedia con Catecismo). ¿Son catedráticos, hombres de pensamiento, los que de esa suerte ven la realidad española y diagnostican los males de nuestro pueblo y creen solicitar lo que ha de dar á éste vigor para ser algún día elemento preponderante en la civilización? (¿Qué diablos van á ser hombres de pensamiento los enemigos del Catecismo? Si precisamente el Catecismo enseña á no pensar... Basta creer lo que uno quiera). Sonloja pensar que así pueda discurrir lo que, al fin y al cabo, es elemento director del espíritu nacional.»

¿Sonrojémonos, sí!

¿Quiénes son los que conrojan al colega?

Pues, los firmantes de la exposición contra el Catecismo: Cajal, Simarro, Medinaveitia, Cossío, Azcárate...

¿Sonrojémonos!

Echemos esa porquería de España.

Pero ¿no nos acababa de decir el colega que Azcárate, Cossío y Cajal eran lumbreras del mando y la flor de este «cenegal» español? Dijolo cuando fueron á Palacio.

Ya lo ven D. Gumersindo y D. Melquíades: griten *viva el Rey!* para que *El Imparcial* les llame «sonrojo de la patria» y hombres «sin pensamiento».

¿En qué quedamos?

Por lo demás, el colega tiene razón sobrada.

En el cuadro que de España pinta, aparece claro como la luz del día que todos los males se deben á la falta de Catecismo en las escuelas.

Si en vez de enseñar á leer y escribir, se enseñara á rezar y disciplinarse, no habría nada de aquello.

El Dios provido enviaría el maná celestial. Cada fraile sería un Moisés que haría brotar fuentes de leche y de miel con la varilla mágica. Santa Bárbara zhuyentaría los nublados. Santiago defendería nuestras fronteras y su caballo aplastaría toda insurrección. Los ángeles vendrían á arar los campos ahora áridos. La mujer no tendría que ir á la fábrica, ni el niño al arroyo.

Esto sería Jauja.

El cálculo del colega, no marra.

La prueba está en lo ocurrido hasta el presente, que, por haber dedicado España todo su afán á cultivar la religión y á enseñar el Catecismo, nos hemos encontrado con la tierra inculta y con el cerebro lleno de ignorancia, faltos de riqueza y de vergüenza, según lo prueba el artículo comentado.

¿Señores, señores!... ¿Que en el año 1913 haya españoles capaces de escribir así y presentarse ante el mundo como portavoces de la conciencia nacional?...

Es el último prodigio del Catecismo.

R. MAYOL

LOS CLERICALES EN DANZA

Los profesores y el Catecismo

A los señores católicos no les cabe en la cabeza que en España haya catedráticos y maestros capaces de pedir al Gobierno monárquico la libertad de conciencia.

No pueden asarlos vivos, según acostumbraban sus antepasados; ahora han de contentarse con asarlos en las llamas de sus iras maldicientes é insolentes; y, piadosamente pensando, procuraran asarlos y freírles la sangre en sus intrigas para dañarles en la carrera.

Por lo pronto, les han hecho oír sus gritos de indignación.

¿Qué es eso de que unos empleados del Estado se atrevan á recordar al Gobierno los deberes de civilización y cultura? ¿Y que estos empleados sean maestros, doctores y licenciados consagrados como sabios por el propio Estado monárquico! Esto es inaguantable para los católicos, que podrán ser muy necios, pero que en orgullo, vanidad y soberbia no se dejan aventajar por nadie.

Hasta aquí decíanlos los católicos que en España nadie, fuera de ellos y de cuatro sectarios subvencionados como ellos, se preocupaba de la cuestión religiosa, y aún decían que todos los españoles son católicos.

Este acto del profesorado oficial, les

ha desconcertado sus argumentos. Enseñada han acudido á las cuentas, para buscar cuántos son y cuáles son.

En lo de cuales, el golpe recibido es duro. Lo mejorcito de la Universidad y del Instituto se ha declarado disidente del catolicismo. ¡Los mejores profesores!

¿Cuántos son? se preguntaron.

En la primera hornada, aparecieron solamente un diez por ciento.

Los católicos respiraron y se dijeron: ¡cuatro gatos!

Verdad es que, siguiendo esta proporción en las demás clases sociales, resultan ser ya dos millones los españoles que reniegan el bautismo de la Iglesia y execran los sacramentos que cuando niños les fueron propinados por sus mayores. Alarmante es ya la cifra. Pero es más alarmante si consideramos que aquella fué la primera lista, y que van saliendo otras nuevas, lo cual aumenta la proporción, y descubre el embuste católico. Porque basta esta proporción para probar que España no es católica.

A fin de contrapesar á los sectarios de la libertad, los sectarios del Papa van á correr sus bandejas en los claustros docentes y á formar sus listas.

¡Excelente idea! ¿Cuántos y cuales sacarán ellos?

Ya lo veremos.

Muy posible es que entre unos y otros quede una zona de neutros, que no quieran comprometerse por los blancos ni por los negros. Estos neutros, con sólo esto dicen bastante. No quieren compromisos con la Iglesia: no tienen confianza en ella.

De este modo se delimitarán los campos y algo ganaremos. Por lo pronto es un terrible descubrimiento para el catolicismo oficial, esto de saberse que hay un núcleo de catedráticos que desafían la excomunión papal, el poderío del Nuncio y la intriga jesuítica.

Y lo que irá aumentando el núcleo.

El Esperanto AL ALCANCE DE TODOS por

Julio Mangada Rosenorn

Sencillo método para aprender el idioma auxiliar internacional, cuyo progreso es cada vez mayor por su extraordinaria facilidad y los grandes beneficios que reporta.

3 reales ejemplar, de los que uno quedará á beneficio de *La Cruz Roja Republicana* y otro para los correpondentes. De venta en esta Administración.

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Laras)

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

Explicación

Hace un mes y pico que EL MOTIN no sale á mi gusto. Lleva artículos interesantes y bien escritos, pero va muy amacotado. Y es que he estado malucho y con pocas ganas de trabajar. Pero como ya estoy mejor, desde el próximo irá más ameno.

Hermoso artículo

Pocos días hace publicó el *Progreso* de Barcelona un artículo firmado por *El Conde de Guinorcondo*, dedicado al ilustre escritor aragonés *Silvio Kossty*, á propósito del envío de penados á trabajar en el ferrocarril de Canfranc.

Silvio Kossty le contestó de este modo:

Al conde de Guinorcondo en el «Progreso» de Barcelona

Enterado de la postal «Trabajos forzados», que usted me dedicó lleno de generosa piedad. Aunque abogado, poco se me alcanza de materia penal ni sistemas penitenciarios, y obraría cuerda-mente elevando el asunto á más señores, diputando por tales y en calidad de autoridades inapelables en España, á mi ilustre amigo y conterráneo el doctor Salillas, y al no menos ilustre profesor D. Pedro Dorado Montero, únicos investigadores científicos de altura que en tal materia ha dado nuestro tiempo y nuestra raza. No sea esto excusa á mi pereza, y aunque de valor escaso, alla va mi opinión. Hace próximamente un año se promulgó una ley autorizando y regulando el envío y empleo de penados en las obras públicas. No tengo la ley á la vista; pero recuerdo que al leerla no me pareció muy descaminada.

Por otra parte, el sistema es copia, se ha ensayado ya y rige, creo que en Inglaterra y algún otro país europeo. Pienso, pues, que el propósito del legislador fué bueno, y romper lanzas contra ello malograrlo acaso fuera para los penados que al Canfranc se destinen, lo que los franceses llaman *le pavé de l'ours*.

Entre el régimen embrutecedor y envilecedor de la prisión cerrada, de las cuadras del presidio, y el régimen de trabajo manual en plena naturaleza, creo que la elección no sea dudosa ni aun para los penados, salvo bien entendido, lo del comité, cuya crueldad se manifestará más difícilmente en la calle y á cielo abierto que en el secreto de la prisión.

No hace mucho, en las veladas del reciente invierno, leía yo dos libros, relatos vividos del presidio: *La casa de los muertos*, de Fodor Dostokovski, y *Del cautiverio*, de nuestro Cijes Aparicio. Pocos libros me han dejado la impresión hondísima de este último. Dos años de estancia en el presidio de «La Cabaña» del Morro de la Higuera, relatados por la pluma de un escritor altísimo.

El Dante no halló para describir los

circulos de su infierno tintas tan trágicas ni palabras tan sombrías y siniestras. Junto á la envilecedora oclosidad de las cuadras del presidio español, los trabajos forzados y en campo abierto de las prisiones siberianas, son cuadros plácidos y casi idílicos.

Por todas estas razones apunto, pienso que el generoso altruismo del conde, mi amable comunicante, puede emplearse en labor más eficaz y urgente. El conoce y recuerda sin duda el crimen perpetrado en Huesca, hará dos años: «El infanticidio llamado de la calle de doña Petronila», y el encarcelamiento de mosén Prisco. A las primeras indagaciones, dos mujeres aparecieron convictas y confesas; pero afirmando tenazmente haber recibido el cadáver del parvulillo de manos de mosén Prisco, sobrino y familiar del obispo y en el huerto de su excelencia. Encarcelóse á aquél, fuese á Madrid el tío obispo y no tardó en ordenarse por el ministro que dejara de conocer y actuar en el sumario el teniente fiscal de Huesca. A pesar de todo, las cosas tomaban mal cariz para el mosén Prisco y para el espíritu de cuerpo del clero. A poco nombróse juez especial para la causa al magistrado de Zaragoza Sr. Robres, católico ferviente é hijo devotísimo de la Iglesia.

Luego de esto se decretó la libertad de mosén Prisco, y el juez especial, disponiendo de la Guardia civil por sí y ante sí, y en medio de la estupefacción de autoridades, magistrados y jueces de aquí, hizo trasladar los restantes presos á la cárcel de Zaragoza. Siguiéronse varias pistas, recogióse y procesóse gente por montañas y valles, á la buena fortuna de la delación y del *detectivismo*, acaso con el mismo motivo é iguales fundamentos con que hubieran podido encarcelarnos á usted ó á mí, y esas pobres gentes siguen en la cárcel, y va para dos años, y el sumario continúa abierto.

En cierto momento á aquél trasladóse el juez especial á Barcelona tras de una nueva pista, y en esa Audiencia ó en alguno de sus juzgados sabrán algo de tales andanzas.

Puñiera yo puntualizar algo más, ser más explícito; pero, por desgracia para los presos, yo no soy diputado de la nación, carezco por lo tanto de la conveniente inmunidad parlamentaria, así como de tiempo hábil, y hasta de gusto para andar en prisiones.

Como no soy diputado tengo que apelar para esta buena obra á la colaboración y solidaridad de usted y sus colegas en el periodismo y en las letras, y al alto sentido patriótico y de justicia de los que sean diputados, y hasta el ministro de Gracia y Justicia, á cuyas órdenes muy gustoso me pongo y á quien ofrezco, á cambio del oportuno salvoconducto colectivo, presentarle un par de jueces y otro par de magistrados cuya honorabilidad sea sin tacha y que le referirán cosas muy peregrinas y edificantes acaecidas en el curso de este proceso. Uno de ellos me decía recientemente: «Si no me en-

contrara viejo y con cinco hijos, antes que pasar por todo ello servilmente, yo rasgaría mi túnica de Magistrado; y yo añado: *Lo peor, lo último que puede acaecerle á un país, es que la justicia se patee á los ojos del pueblo y que no pase nada.*

SILVIO KOSTY.

En Huesca, á 24 de Marzo 1913.

Los lechuzos (1)

En cuanto asoma el verano y las mieses empiezan á ponerse amarillas, ya tiene usted á su puerta un lechuzo vestido de negro, con una sotana muy larga, su manteo terciado por debajo del brazo y un sombrero que se anuncia diez varas delante de la persona; y sin preguntar ni una palabra relativa á lo que se ha gastado en la siembra, ni en la labor, ni en el abono, ni en la hera, ni en el acarreo, ni en nada de lo que huele á partido de data, abre su cuaderno, y presenta un cargo de la décima parte de lo que se ha cogido.

Usted se queda aturrido de ver que el tal sopiston trae ya ajustada la cuenta hasta por cuartillos de lo que monta la cosecha, y sin más ni más, le da á usted la comisión de trasladar á la cilla el diezmo de lo que entre en el granero. Esta visita es siempre acompañada de un sermonecito muy estudiado, que sirve para todos, y que se reduce á recomendar la exactitud en el pago de los diezmos á la Iglesia de Dios; se añade un ejemplito patético de tal ó cual labrador, á quien se le llevaron los demonios en cuerpo y alma por haberse guardado unos puñaditos del trigo que era suyo, y de la viña que se secó en los días mismos de la vendimia por haber robado su olivero un sólo racimo que pertenecía al diezmo. Esto se apoya con algunos textos de la Escritura, que vienen pintados para el caso, y se despide para la otra semana, en que se tratará de los pollos, de las gallinas, de los huevos, del ganado mayor y menor y de otras bigatelas que pertenecen al mismo fin.

Apenas ha salido el lechuzo negro, cuando asoma por la puerta otro, vestido de gris, con su gran cordón al cinto, un rosario con cuentas de á veinticuatro y un chapero redondo á manera de quitasol. Echa su *Do gracias* por delante, y sin pedir nada por amor de Dios, dice que viene por la limosna para el convento de San Francisco. No hay que pensar con un *perdone hermano*, ó que con un ochavo roñoso se sale del apuro, porque á lo menos se ha de llevar el tercio de un buen costal que descansa á la puerta sobre una pollina. El vaso de vino es corriente en aquella visita y un par de panes para la comunidad, que siempre está atrasada con el síndico. Se habla un rato de la cosecha abundante, que sólo se ha debido á los ruegos y oraciones de los

(1) Carta V del doctor D. Sebastián Miñán y Badoya.—Colección Rivadeneira, tomo 62, página 615.

hermanos; se cuenta una gracia del padre lector fulano, y con un polvo á la señora mayor y algunas pasas sobadas á los muchachos, queda pagada y repagada la limosna, y el reverendo sale muy grave de la casa para entrar en la del vecino. El costal va y viene al convento repetidas veces, y el guardián dice luego con aire risueño que la Providencia cuida de aquella grey escogida.

Detrás del lechuzo gris viene otro vestido de color de tabaco, con un capuchón terrible y unas barbas que le llegan hasta la cintura; saluda con la cabeza, y con frases diferentes aunque parecían, empieza á conmover al ama de la casa, refiriendo los apuros en que se ven los benditos religiosos con motivo de haberse ya acabado el trigo destinado para el año, y que como la regla de nuestro padre no permite que ellos toquen físicamente el dinero, viene á pedir en especie, aunque no sea más que media fanega de trigo de cada vecino; porque de lo contrario no es posible que se haga la novena de San Fulano, ni se podrá poner la reliquia en el altar de San Antonio cuando se pierda un abanico, ó un perriño faldero, ó cuando tenga que sacarse una muela alguna hermana caritativa. Dice que está en la enfermería el novicio fray Mengano, de resultados de los cilicios y exquisitas penitencias que practica. Ultimamente, á fuerza de contar milagros y miserias, pillá la media fanega, y á más, algunas pastillas de chocolate. Verdad es que suele dearse, en cambio, alguna estampita del santo de la novena, con lo que quedan en la casa, no sólo muy satisfechos del truco, sino hasta con escrupulo de si se habrá engañado su reverencia.

En pos de la capucha entra el hermano motilón, mandadero de las monjas de la esquina, el cual, sin arengas ni cumplidos, dice que viene por lo acostumbrado, y carga con igual pitanza que los otros.

En tanto que le despachan, recuerda la olla de miel de parte de la madre Vicaria, que dice que está antojada por estrenar el lino casero, y que se la hacen los días siglos.

Luego se sigue sin falta el padre que hizo las últimas misas, y que cultivó la viña con su brazo arremangado hasta el codo y con un crucifijo de media vara. Verdad es que comió y bebió grandemente durante la temporada, y que se llevó copiosas limosnas á su convento; pero aquello ya pasó, y ahora vuelve á recordar los suspiros de los mercaderes y los mocos de las viejas. Su lenguaje es más moderadito que cuando se desgañaba en el pulpito, y como si dijésemos, ahora viene pidiendo, y entonces vino mandando.

Claro es que, con estas idas y venidas, el grabero ha llevado un toque más que median; pero ni siquiera hemos empezado á contar las soledades. Aún falta pagar la renta de las tierras arrendadas á los monjes del desierto, pues aunque su

instituto sea el de arar y trabajar con sus manos para ganar el alimento, hace ya algunos siglos que se resolvió el problema de que era mucho más cómodo y más sencillo el que trabajasen los seglares de alrededor que no el que se llenasen de callos las manos de sus reverendísimos. Fuera de que no es fácil levantar el corazón á Dios teniendo el cuerpo agobiado, ni viene al caso andar á pie por el campo con la azada al hombro pudiendo ir á ver los trabajadores montado sobre una mula grande como un dromedario. Verdad es también que estos anacoretas suelen ser muy suavecitos y piadosos con los que retrasan sus pagos, pues lo más que hacen es ponerles por justicia, hacer que los metan en la cárcel, embargarles hasta la cama en que duermen y dejar á la inclemencia toda la familia. Esto sólo se verifica cuando no tienen el señorío temporal del pueblo, pues en este caso, que es el más frecuente, no necesitan interpelar otra autoridad que la suya. Suele, sin embargo, hacerse alguna excepción en favor de los padres que tienen hijas bonitas, ó de los maridos que tienen esposas de buen genio y parecer.

Pues, ¿qué corazón habrá que se resista á mejorar la suerte de nuestros hermanos, los cautivos en Argel? Después de más de dos siglos que están en aquellas mazmorras, sin más auxilio ni esperanza que el rescate que ha de llevarles el padre procurador de los mercenarios, ¿dudaremos todavía en largar un duro, para que don Fray Cualquiera haga como que va todavía á regatear con los moros? ¿Qué de cadenas veremos, y qué de grillos y esposas colgadas de las paredes en testimonio de que aquello, aunque pasó hace ya mucho tiempo, no falta quien se atreva todavía á recoger los efectos de la caridad de los fieles! Viván las antiguas costumbres, que nunca mueren ni deben morir, porque de puro buenas, todavía sirven para que coman y beban muchos redentores jubilados.

Nada de lo dicho impide el pago de la primicia que de derecho divino debe todo hombre de bien á la Iglesia de Jesucristo, y sin la cual sería imposible que los señores beneficiados del lugar pudiesen fumar tabaco habano, ni jugar al mediator todito el día, ni mantener el caballo y los galgos, ni ir á las romerías inmediatas, ni traer ascadita á la ama ni á la sobrina ni otras muchas obligaciones anejas al carácter sacerdotal.

D. SEBASTIAN MIÑANO BEDOYA

En la capital de España

Estadística vergonzosa

El ilustrado geógrafo S. Navarro Salvaor, publica un notable artículo acerca de los niños sin escuela.

El artículo revela una gran vergüenza para el Municipio madileño y la capital de España.

Resulta del notable trabajo que 16 246 niños y niñas están matriculados en las

escuelas públicas; 33 086 en escuelas y colegios privados, y 3 222 reciben educación doméstica.

Hay 30 barrios sin una escuela y 15 con una sola.

Resulta, por lo tanto, que no pueden asistir á las escuelas por no haberla 6.000 niños y niñas en el distrito del Centro; 6.000 en el del Hospicio; 8.000 en el de Buenavista; 8.000 en el de Palacio; 8.000 en el del Congreso; 9.000 en el de la Universidad; 9.000 en el del Hospital; 10.000 en el de Chamberí; 10.000 en el de la Latina, y 11.000 en el de la Inclusa. 42.000 niños y 43.000 niñas. Total, 85.000 niños y niñas.

¡Qué vergüenza!

Todos esos niños están bautizados y son hijos de la Santa Madre Iglesia. La cual tiene tiempo de llenarnos de conventos y de iglesias, pero no de escuelas.

Educación "cívica,"

El caso ya no es nuevo. No habrá olvidado el lector las denuncias en este y en algún otro periódico.

Hace unos cuantos meses, fué apedreada la casa que en Somio construyó para su retiro, la insigne escritora D.^a Rosario de Acuña. Y no sólo arrojaban sobre la finca regodones de la «Salmoriera», sino que además se proferían gritos de ultraje contra aquella dama.

¿Quiénes eran aquellos animales dañinos, ya que ni el nombre de salvajes les cuadra? Se dijo que eran unos chicos, semi-uniformados, y que á distancia de ellos había personas mayores, esperando el resultado de la batalla, y amparando ésta al mismo tiempo.

Pues bien, el hecho se reanuda. Ayer me han informado, con toda clase de detalles, de que la casa de D.^a Rosario de Acuña, al cuidado actualmente de un pobre aldeano, vuelve á ser apedreada, y que no obstante la ausencia de la dueña, se reproduce por aquellas soledades costosas el eco de la más soez injuria contra una mujer que, sólo por serlo sino le sobrarán otros méritos, merecía más respeto.

¿Quiénes son los autores de la hazaña de ahora? Quizá los mismos de hace meses. A mí me hablan de bandadas de chicos que suelen pasear por los alrededores en formación bulliciosa. ¿Y los preceptores que los acompañan?..

No he de llamar la atención de las autoridades, ¿para qué?

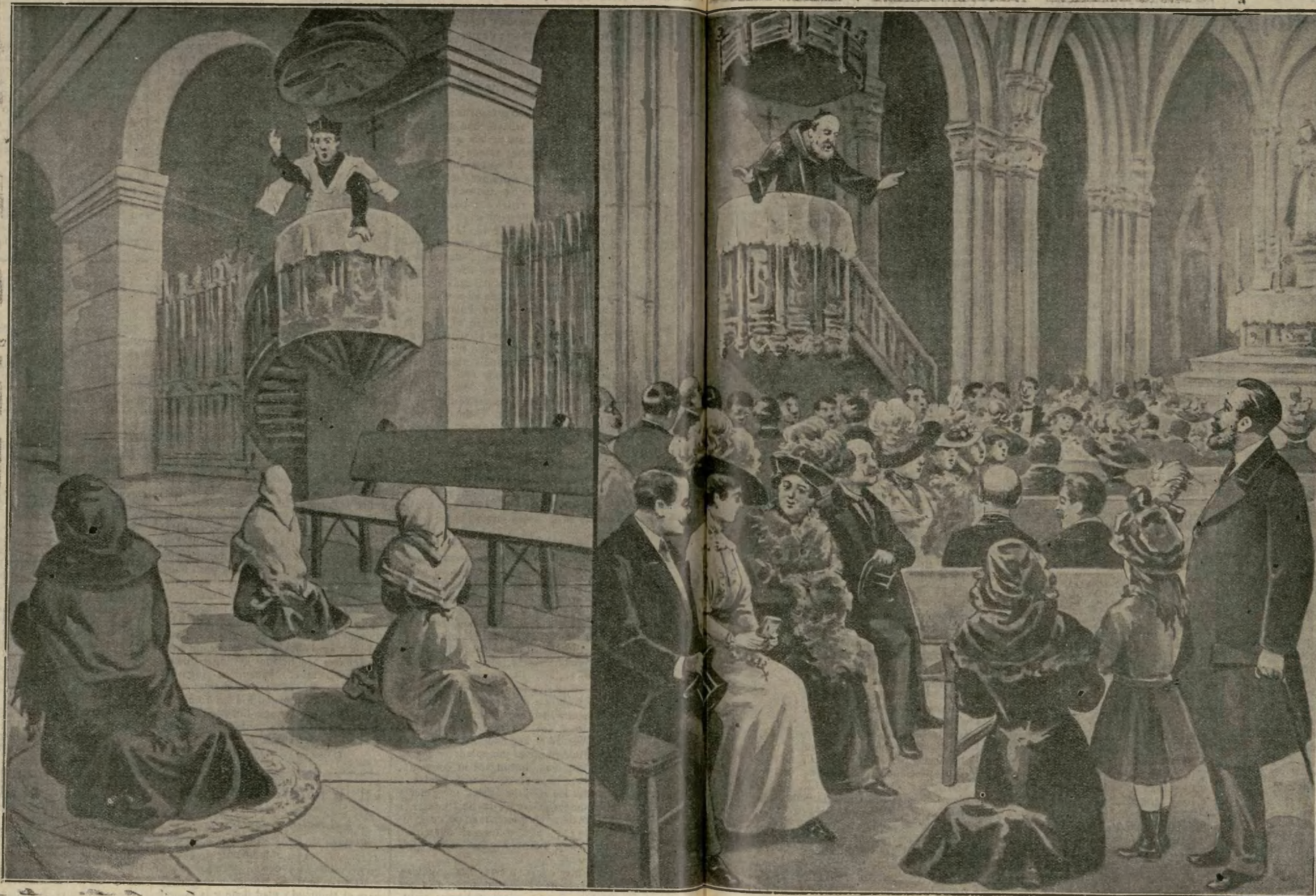
Pero sí indico á otra media docena de chicos como yo (seremos bastantes) que nos pongamos de acuerdo para cuando esos paseos se celebren, que nos apostemos hacia las inmediaciones de la casa de doña Rosario de Acuña, y cuando esos malvados repitan la hazaña, caer, no precisamente sobre los que tiran las piedras y profieren injurias, sino sobre los sayones que los azuzan, y arrojarlos, también á pedradas, por el acantilado de la «Salmoriera».

¿Se acepta la idea?

EL CHICO DEL BULEVAR

El Noroeste, G. J. n.

EL MOTIN



Contraste entre el público que asiste al Sermón del cura, y el que va á oír el del fraile.

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

Pesetas.

Suma anterior 1553'97

Félix de Benito, 1'00 — Pío de Benito, 1'00. — Uno del barrio del Perchel, 1'00. (Todos de Medinaceli)..... 3'00
 Julián Calvo, (Béjar)..... 0'50
 Un admirador de Nakens, 1'00. El vendedor el EL MOTIN, 0'25. — Benito Castaños, 0'25. — Liza, 0'25. — Un esclavo, 0'50. — Un anciano de la Revolución, 0'25. — Un arrepentido, 0'25. — Un republicano, 0'25. — Un liberal, 0'25. — Otro, 0'10. — Otro, 0'10. — Otro, 0'10. — Un obrero, 0'10. — Un demócrata, 0'50. — Latirrago, 0'10. — Un liberal, 0'10. — B. Pérez, 0'20. — Casiano Alberdi, 0'20. — Cesáreo Escenarro, 0'10. — Celestino Cano, 0'25. — Francisco Jarza, 0'25. — Santiago Elisburá, 0'20. — Serapio Alberdi, 0'10. — Un demócrata, 0'25. — Un liberal, 0'10. — Cipriano Alberdi, 0'50. — Un liberal, 0'10. — Un radical, 0'25. — J. Astiazaran, 0'10. — Un radical, 0'25. — José Maistegui, 0'25. — Un unionista, 0'25. — Vicente Azcarate, 0'25. — Toribio Iraola, 0'25. — Un cohero, 0'25. — Un liberal, 0'10. — Un republicano, 0'20. — Celestino Soler, 0'20. — San Marcial, 0'15. — A. González, 0'10. — Un ateo, 0'30. — Un republicano, 0'25. — N. Inchausti, 0'40. — Alejandro Arambarrera, 0'15. (Todos de Placencia)..... 10'30
 Iuan Benito Fernández, (Madrid)..... 0'20
 Genaro Diego, (Santoña) ... 0'75
 Jaime Ribera, 0'25. — José Salaguer, 0'25. — Antonio Juncadillo, 0'25. — Benjamín Terma, 0'25. (Todos de Sarri) ... 1'00
 José Riba, 0'50. — Sebastián Carreras, 0'50. — Andrés Benajes, 0'50. — Ramón Escrivá, 0'50. — José Ferrer, 1'00. (Todos de Mora de Ebro)..... 3'00
 Francisco Robles, 1'00. — Ricardo García, 0'50. — Miguel Sánchez, 0'50. — María Anulez, 0'50. — Juan Montero 0'25. — Antonio Sánchez, 0'25. — Miguel Aguilar, 0'50. — Carmen Moreno, 0'50. — Enilio Cara, 0'75. — Antonio Fernández, 1'00. — Antonio Ruiz, 1'00. (Todos de Málaga)..... 6'75
 Tirso González, (Cáceres) ... 2'00

Suma y sigue 1581'47

Suma anterior 1581'47

Isidro Mateos, 1'00. — Francisco Trigo, 1'00. — Tomás Castañer, 1'00. (Los tres de Lora del Río)..... 3'00
 Sebastian Giménez, 0'20. — Rafael González, 0'20. — Joaquín Prieto, 0'20. (Los tres de Badalcanal)..... 0'60
 Antonio Revilla Gómez, 3'00. — Segundo Revilla Delgado, 1'50. — Julio Revilla Delgado, 1'00. (Los tres de Lerma)..... 5'50
 Luis Calventus, (Lorca)..... 0'25
 Ginés Soler, 1 peseta mensual, (Linares)..... 1'00
 Enrique Zotes, (León)..... 3'00
 Gerónimo Soriano, (Alcalá de Guadaira) 0'50
 Manuel de la Cruz Mijá, (Id.)... 0'50
 Ramón Manresa, 1'00. — Sebastián Lladó Alentón, 1'50. — José Martí Babaña, 0'50. — Bautista Masegué, 0'25. — Sebastián Alentón, 0'20. — Martí Manresa, 0'10. — José Martí Muntañola, 0'10. — José Simó Coplevila, 0'10. — José Rubió, 0'10. — Teresa Xifre, 0'10. — Gregorio Rué, 0'10. — Ramón Farré, 0'10. — Sebastián Martí, 0'20. — Miguel Rue Miró, 0'30. — Miguel Iglesias, 0'25. — Jaime Simó, 0'25. — Evaristo Manresa, 1'00. — Ramón Farré Vila, 0'50. — Francisco Gorma, 0'50. — Sebastián Martí, 0'25. — Jaime Lladó, 1'50. — Miguel Tost Rubio, 0'50. — Sebastián Muntañola, 0'30. — Francisco Martí, 0'30. — Francisco Martí y Martí, 0'25. — Dolores Tost, 0'10. — Rosa Lladó, 0'10. — María Farré, 0'10. — María Lladó, 0'10. — Luis Lladó, 0'10. — Sebastián Simó, 0'10. — Miguel Gorna Rué, 0'25. — Teresa Gorma Rué, 0'25. — Ferián Alentón, 0'20. — Sebastián Martí Aran, 0'10. — (Todos de Cervia)..... 11'85
 Julián Giménez, (Puerollano). 2'00
 José Ruiz, (Idem)..... 3'00
 Antonio Pérez Massan, (Cepeda)..... 9'00
 Antonio Gomila, 0'30. — Bartolomé Moll, 0'20. — Francisco Florit, 0'40. — Juan Pons, 0'20. — Juan Mercadal, 0'20. — Juan Fbier, 0'20. — José Ferrer, 0'30. — Juan Gñalon, (padre) 0'20. — Juan Gñalon, (hijo) 0'50. — Antonio Pons, 0'20. — Francisco Martí, 0'20. — Gabriel Febrer, 0'25. — José Gomila, 0'25. — José Mola, 0'35. — Teresa Jener, 0'25. — Catalina Pons, 0'25. — María Pons, 0'25. — Gabriel Pons Gomila, 2'00. — Gabriel Pons Tost, 3'00. (Todos de Ferrerías).... 9'50

Suma y sigue 1631,17

Suma anterior 163,17

Catalino Ecenarro, (Buenos Aires)..... 27'00
 Varios republicanos de Ayerbe José Sogura, (Castell de Cabres)..... 5'00
 Baltasar Fernández, 1'00. — José R. Rodríguez, 1'00. — José R. Sánchez, 1'00. (Los tres de Villaformán)..... 0'15
 José Sánchez Aparicio, 3'00. — Francisco Mora Navarro, 3'00. — José Sánchez Moya, 2'00. — Andrés Legal Pedrero, 1'00. — Antonio Sánchez Moya, 0'50. — Antonio Gil Rodríguez, 1'00. — Tomás Ramírez Abia, 0'50. — Vicente Boix Jorro, 0'50. — Antonio Oviedo Moreno, 0'25. — El niño Manuel Oviedo Gómez, 0'10. — José Heredia Fernández, 1'00. — El niño José Sánchez Cánova, 0'10. — Francisco Mora Mateo, 0'50. — Señorita Dolores Mora Mateo, 0'50. — El niño Vicente Boix Simper, 0'25. — Un republicano, 0'10. — Francisco Bas Sánchez, 0'50. — Un republicano, 0'10. — A. R., 0'25. — Un republicano, 0'25. — Carlos Irles, 0'25. — Un republicano, 0'25. — Emilio Antón Sanz, 0'50. — José Gil, 0'10. — Miguel Verdeguer, 0'25. — Manuel Pérez, 0'25. — José Martínez Soriano, 1'00. — El niño Francisco Bas Luis, 0'10. — María Gómez Marín, 0'10. — Julia Luis Carceles, 0'10. — Seta. Martí Bas Luis, 0'10. (Todos de Orihuela) .. 18'40
 Unión republicana Graciense, 5'00. — Juan Casas, 1'00. — Raimundo Ríndes, 1'00. — Francisco Bruguera, 0'25. — José Bimet, 0'25. — Armisto, 1'00. — José Font, 0'50. — Baudilio Bilart, 1'00. — Joaquín Armisen, 0'50. — Ramón Bilart, 0'25. — Juan Fusté, 1'00. — Antonio Solé, 1'00. — Ramón Bondía, 0'25. — Salvador Llorens, Francisco Font, 1'00. — Juan Camell, 0'50. — R. R., 0'50. — Magin Prunera, 0'50. — José Batllori, 1'00. — Juan Duaso, 0'50. — Juan Masip, 0'50. — Lafayette, 0'50. — Enrique López, 1'00. — Manuel V., 0'45. — Juan Barraceta, 0'30. — Primo U., 0'30. — Enrique C., 0'30. — Federico C., 0'10. — Nicolás C., 0'30. — Tomás L., 0'20. — Luis Altez, 0'50. — Antonio Solinas, 1'00. — Juan Rovira Palau, 2'00. — E. Menzerrat, 0'25. — Vicente D. Ligo, 0'25. (Todos de Gracia Barcelona)..... 26'45
 Miguel Noain, (Estena)..... 1'00
 Antonina Hermoso, (Idem) .. 1'00
 Gervasio Miñana, (Habana) .. 1'00

Suma y sigue 1714'17

Jesuitismo fulminante

MIR, LA SECTA JESUITICA Y VINYALS

¿Debe ser considerado Mir como una víctima del jesuitismo, ó la Compañía debe ser considerada como víctima de Mir?

Algo de mis impresiones acerca de este problema vertí en otros artículos. El improvisado campeón de la buena memoria de Mir, poco atento á esta ardua cuestión, se desentendiende de ella, ó mejor, corta y raja á su antojo, con una lamentable libertad.

Para reponer en su quicio las ideas, recapitularé lo dicho en forma de preguntas.

EL JESUITA Y EL ACADEMICO

No hay duda que Mir debe una gran parte de su personalidad á su condición de haber sido académico. Sin esto, y aun con todos sus méritos anteriores, desde el momento en que fué condenado por la Santa Sede en su libro *Barrido*, habría quedado inutilizado para la vida de publicista, á semejanza de todos cuantos clérigos corrieron igual desgracia, desde Balmes á Venancio González, sin una sola excepción. Y en estos últimos tiempos, mucho más que en los anteriores: porque á la razón general del desprecio que el clero, grande y chico, vierte sobre el que fué sellado con el sello ignominioso del estigma romano, reputándole como un majadero fracasado, postreramente se añade otra razón, y es la de que en la Iglesia los frailes están conjurados á una para destrozar á todo clérigo de valía en el orden secular y principalmente en el papel de publicista. El oficio de escritor católico ha sido monopolizado por los frailes. Ellos pueden escribir las mayores herejías y necesidades seguros del respeto pontificio, garantizados por el poder de la Orden: un clérigo seglar no puede escribir así sea copiando el Evangelio, pues será seguramente condenado á instancia del convento más próximo á su casa, sin que el obispo cure de defenderlo.

Penetrado de esta realidad el clero secular, ha abandonado al fraile ese campo, dispuesto á abandonarle el del púlpito cuando el fraile lo reclame, el del confesonario luego, y por fin la pila bautismal y el cementerio, que es á lo que tira hace tiempo el Vaticano, avasallando cada día más al clero secular á proporción que engrandece los privilegios del fraile.

No dejó de reconocerlo prácticamente el mismo Miguel Mir, que para poder resistir la inquina ignaciana, buscó el apoyo de otros frailes, especialmente agustinos y dominicos, de quienes fué aliado hasta el final de su vida; y esto lo aceptaron en alianza, más por lo que tenía de académico que por otra circunstancia alguna.

Aseverado, pues, este hecho, de que Mir debió su personalidad á la Aca-

demia, viviendo de sus dietas de académico, de examinador y de bibliotecario, conservando merced á estos oficios y beneficios sus relaciones y su relativo prestigio, y sin lo cual no habría comido, ni habría escrito como pudo hacerlo, faltando puntualizar otro extremo:

El título de académico, ¿fué ganado por el mérito de sus obras ó por su condición de jesuita?

Al que no aspire á pasar por memo en el conocimiento de estas esferas españolas, bastarále ver formulada la pregunta para responder de sopetón. Fué académico porque era jesuita. Su condición de clérigo, á no haber sido jesuita, más le habría impedido que facilitado la entrada en la Academia, aun habiendo publicado los libros que publicó para justificación del título, y que, de no haber sido jesuita quizás no hubiera podido publicar si quiera. ¡Hay tantos ejemplos!

DE JESUITA A JESUITA

Y hechas estas afirmaciones, he aquí la cuestión final: ¿Mir fué víctima de la Compañía ó viceversa? ¿Quién engañó á quién?

El doctor Vinyals parece estar iniciado en algunos misterios de la vida monacal é ignaciana. Si puede y quiere ser tan sincero como la verdad reclama, hágame el favor de responder:

¿Si la Compañía hubiera previsto la apostasia del P. Mir, habría sido académico éste? — No, digo de sopetón. — Por esta parte, pues, la Compañía parece haber sido la víctima: crió un cuervo para que le sacase los ojos. Se equivocó.

Mas, en este camino de conjeturas matemáticas, debe formularse otra pregunta. Si Mir hubiese conocido á la Compañía antes de entrar en ella según la conoció después ¿habría entrado jesuita? — No, también de sopetón. El horror revelado (en sus *cartas á Vinyals*) nos traen la respuesta. El fué, pues, el engañado desde el principio.

BATALLA DE JESUITAS

Desde la salida de la Compañía, el Instituto y Mir quedaron enemigos de muerte, según lo ordena la Regla y lo practica San Ignacio. La difamación contra él fué continua y enconada, aunque no menos cautelosa y *jesuitica*. Y Mir, que había descubierto en los Archivos de la secta de quienes fué explotador oficial y principal, esta política fija é invariable, desde Guillermo Postel, tipo suyo y socio de Ignacio, hasta Curci, coetáneo de Mir; él, que estaba en el secreto del odio jesuita, respondió en igual tono y diapasón.

El que niegue estos hechos, demuestra no conocer la verdad ó negarla por antojo.

Que hay marcado interés en falsearlos, tenemos las pruebas en los repetidos rumores de reconciliaciones, respecto de las cuales Vinyals se pronuncia con gimnasia equivoca, negándolas en la forma y confirmandolas en el fondo, poniendo una vela á su ídolo, Mir, y cuatro á su diablo, la Compañía, ora naciéndose el

muy sabio, ora haciéndose el muy tonto, y siempre asañándonos á nosotros, los «apóstatas» como buen «apóstol» de la secta de los buenos vividores.

AMIGOS PARA SER MAS ENEMIGOS

Y dice, aludien lo seguramente á este su servidor y «cabeza de turco»:

«No es cierto como dan en decir los exaltados, que el P. Mir fuese enemigo sistemático de los jesuitas. Nada de eso... Hasta en su última obra... sólo tiene frases de elogio y respeto para la Compañía. El sólo fue censor y crítico de los procedimientos de algunos superiores y súbditos que, SEGÚN EL, no interpretaban las constituciones primitivas con EL ESPÍRITU DE SU SANTO FUNDADOR... ¿Se equivocó ó acertó en sus juicios el Padre Mir? No soy yo quien puede dar testimonio de ello.»

Acerca de la salida de la Compañía, este «amigo» que se siente falto de autoridad para dar ó quitar la razón á Mir en sus censuras de los procedimientos jesuitas, se siente con autoridad bastantemente pontificia para escribir esto: «debo yo afirmar en este extremo (de la salida) que por parte del Instituto llevóse á cabo la sensible separación con alto espíritu de caridad y concordia», y «en cuanto al ilustre PROSCRIPTO, conservó siempre en el transcurso de su vida la norma de la vida religiosa... como si viviese en el claustro». Y esto nos lo dice «como testigo de mayor excepción» «pues que el padre Mir quería á Vinyals como á un hijo...» y casi le trataba como director espiritual, toda vez que le confiaba sus «fortunas y adversidades, sus resquemores y esperanzas, lo que pensaba ejecutar y las dificultades que salíanle al paso», ni más ni menos que un congregante á su padre de almas.

¿A quién aprovecha este arde de amistad suprema, de confianza omnimoda y de patente de «caridad» otorgada á la Compañía? ¿Qué más pueden apetecer los jesuitas sino que los «testigos de mayor excepción» afirmen que Mir siguió observando hasta su muerte la *regla jesuitica*? ¿No es esto lo que pretenden?

Y si á este agasajo á la Compañía se añade el insulto á los «réprobos y apóstatas» que la combaten á pecho descubierto, miel sobre hojuelas. Y si estos testimonios los hace un escritor que, como Crétineau Joly, se las echa de imparcial y aun de un tantico contrario al jesuitismo, mejor que mejor, es decir: lo inmejorable y lo insuperable.

Es caso fulminante de jesuitismo.

UNA DUDA

Si yo supiera con certeza que Vinyals no es jesuita ó que no es ajesuitado (la cual enfermedad es peor que el jesuitismo franco), le preguntaría con toda franqueza.

—Señor doctor: ¿de veras su escrito no ha sido revisado por los Padres jesuitas?

Como á Mir le daba celos la afición de Vinyals al Padre N... á mi me entran

recelos de su afición á absolver á la Compañía, en una defensa del que fué víctima de ella.

Porque, una de dos y de dos una. O la Compañía no fué para Mir tal y como la pinta su «amigo», en cuyo caso Mir es agraviado y, en cierto modo lato, calumniado con atribuirle juicios que no tuvo; ó realmente el Instituto es un archivo de santidad, y caridad, en cuyo caso Mir resultaría ser un loco de atar al consagrar toda su vida á la pequeña labor de combatirlo por insignificancias de imperfecciones humanas inevitables, mucho más dignas de excusa cuando Mir sabía, como su Padre espiritual Vinyals, que «sólo Dios es perfecto».

¿MIR LIBELISTA?

La excusa que pretende dar á esta obsesión persecutoria el biógrafo, en vez de atenuar la locura, la agrava. Mir, según él, se sentía profundamente jesuita y defensor de las Constituciones y del espíritu del Fundador. Es decir, era archijesuita, y sus diferencias y querellas versaban únicamente sobre la falta de observancia de algunos consocios. Y si esto era así, sabiendo Mir, como sabía, que con sus escritos no había de corregir ninguna corrupción de los de adentro, sino que sólo lograba poner ante los de afuera en ridículo á los individuos y á la institución; sabiendo esto, Mir en sus libros no resulta un crítico serio, ni siquiera moral; queda degradado al tamaño de un libelista que se entrega al insano placer de excitar la risa del vulgo, á costa de sus hermanos y de su Madre.

LA ESENCIA DEL JESUITISMO

¿Qué fundamento tiene para hablar de tal manera este raro apologista? ¿Que Mir observó en el curso de su vida la norma religiosa?

¡Doctor mío, de mi alma! ¿Cómo puede usted haber dejado de aprender que en la Compañía no existe ni se concibe más pecado que el «sentir mal de las cosas del Instituto», ni hay más norma que la de obedecer? Y rota esta obediencia de voluntad y aquella sumisión de juicio (argot de la secta) ¿qué queda de la Regla jesuitica? ¡Nada, absolutamente nada de sustancial. Quedarán las reglas de modestia y aun las mañicas, que en un jesuita apóstata, en vez de ser virtudes de la religión apostatada, son artes para fastidiarla.

Otro fundamento invoca Vinyals, á saber: «las frases de elogio y respeto que en sus obras tiene para la Compañía».

¿Escribe Vinyals para los chinos, ó para los «apóstatas»? ¿No se da cuenta de que ese alegato es una mentecatez?

Harto sabía Mir que en los cánones está prohibido el censurar á las órdenes religiosas como tales, y hartó empeñado estaba él en no dar á sus hermanos el alegrón de hacerse excommulgar.

Y además, Mir, condenado por la fatalidad á morir como «sacerdote ejemplarísimo y disciplinado», había descubierto

en la alta escuela católica, el arte de gozar el deliciosísimo y finísimo placer de reventar á la Iglesia con aplausos, de combatirla con defensas y de apabullarla con apologías; artes todas estas muy comunes entre los católicos avisados, de los cuales son ejemplo y tipo los jesuitas y los integristas.

¿No conoce este secreto el Doctor Vinyals? Pues... apaga y vámonos; no conoce el abecé del catolicismo.

EL «BARRIDO» Y LA «CRISIS»

No diga el archi-inocente Doctor, que esto es juicio temerario de «réprobo»: le voy á dar la prueba colmada.

Sea la primera dosis, el hecho que le voy á señalar. Ya que sólo frases de respeto y elogio tiene Mir para la Compañía, *ut sic*; ¿cuántos ejemplares de sus libros laudatorios han colocado los jesuitas en manos de sus devotos? ¿Cuántos, padre Vinyals? Y ¿por qué la Compañía hizo condenar su libro laudatorio *Barrido hacia afuera*? El Doctor nos lo dice candorosamente: fué condenado por el «tono humorístico» del «inofensivo y jocoso libro, precisamente por lo que descollaba en él de regocijado vulgarizador de ridiculeces»; y era condenado casi al mismo tiempo en que era absuelto del Índice Romano, el no menos regocijado *Fray Gerundio de Campazas*...

¿Le parece admisible al señor Vinyals esta hipótesis: Mir atacaba las minucias de la secta, para acomodarse al gusto literario del tiempo, poco educado á los estudios hondos y á las críticas fundamentales, sabiendo que con aquel regocijado ridículo hacía más daño á la Institución que con estudios más serios?

De esta hipótesis serviríame de prueba el libro *Crisis de la Compañía de Jesús*, cuyo solo título desbarata la combina del Doctor; cuyo texto no deja lugar á la menor duda acerca del odio íntimo que Mir tenía á la Compañía y cuyo éxito librario, comparado con el del *Barrido*, demuestra que en España falta totalmente el sentido crítico hondo, y sólo nos resta el sentido de la risa chocarrera. Libros como el *Barrido* hay muchos: libros como la *Crisis* no hay ninguno. Sin embargo el público devoró el forrage de éste y no olió siquiera el otro.

De este libro de la *Crisis* nada supo, por lo visto, Vinyals. Sin embargo, el padre Mir confió el secreto de la verdadera paternidad, no sólo al notario y testigos, sino á otros amigos suyos, tal como el P. Miguelez, que me sorprendió con el conocimiento de tal secreto. Esto prueba que en está época el Sr. Vinyals había perdido la supremacía de amigo máximo del P. Mir, y por lo visto, no le faltaba razón para ello, siendo, como parece ser, tan edicto y devoto de la secta.

En la *Crisis* ataca Mir las entrañas del Instituto: tritura sus Constituciones; describe las falsificaciones que sufrieron desde el primer momento; levanta la hoja de parra que encubría las *verendas* de los primeros reverendos, y deja á San Ignacio tambaleándose en su pe-

destal, hasta que yo le derribe y pulverice.

¿Cómo, á la vista de este libro, es osado el señor Vinyals á lanzar al público su estrambótico juicio?

Las mismas cartas que ha publicado rezuman por todas sus letras y por todos sus blancos el odio entrañable é infinito á la Sociedad. Complácese en llamar á los jesuitas «frailes», que es el mayor insulto que puede inferirseles, y que más les irrita. Aceptan con cariño los adjetivos de intrigantes, de perversos, de astutos, de libertinos, y aun de diablos: estos motes les alegran y con ellos se adornan ante sus devotos. Lo que no soportan ni aguantan es oírse llamar «frailes»; y por esto Mir les azota con el latiguillo de *fraile* y más *fraile* y aún da á su amigo este consejo: «guárdese de encontrarse con ningún fraile negro», lo cual equivale á decir: librélo Dios del peor género de demonios, los jesuitas... ¡de ninguno! por ser peor siempre el que está más cerca.

Paréceme que con estas reflexiones, si el Doctor no cambia de parecer, será porque lo tiene invariable y sistemático.

No serán la verdad y la razón las que muevan su juicio; sino que será su juicio el que ponga en escena las razones y las verdades, fabricadas en el molde del *Gesú*.

MIR Y LOYOLA

Quédanos todavía por decir algo del «santo fundador» Ignacio de Loyola, que ni fué Loyola, ni fué Ignacio, ni fué fundador, ni será santo de aquí á algún tiempo.

¿Qué opinaba de él Mir?

Acerca de esto, casi me atrevo á asegurar que el testigo de mayor excepción soy yo, que le oí mil cosas á cual más sabrosas, y entre esas mil esta frase que debió repetir en muchas partes. «Yo sólo sé dos cosas: Santa Teresa é Ignacio; de ellos sé más que nadie».

¿Le escuece al Doctor Vinyals la frasecilla? Ahí verá cómo nos tratábamos.

Pues bien. El odio que tenía Mir á Ignacio, era tan grande como el amor que tenía á Santa Teresa.

Que ¿cómo lo acreditó? De mil modos, cuando haya vagar para ello; y de uno, que será bastante para el Doctor Vinyals y de cuya autenticidad él nos ha salido fiador.

En la primera carta de las cuatro que publica, se halla este párrafo: «Estos frailes me repudren la sangre, sobre todo uno, que es mi tormento; y lo bueno del maldito de cocer (*aprieta, pluma*), es que se me presenta á todas horas... Es el padre Herculano (cara menuda, algo aplastada; nariz curva, color moreno, anteojos en la punta de la nariz, las piernas algo curvas hacia afuera)...»

Mir no sabe cómo llamar á este endriago. Y después de haberle llamado *fraile*, *maldito de cecer* y *contrahecho*, rebusca en su vasto lexicon el mote más duro y se lo suelta con todo su coraje:

— «Todo un Ignacio hecho y derecho».

Y ante la imagen viva del fundador, reencarnado en el tipejo aquel del fraile P. Herculano, he aquí la jaculatoria que le dedica Mir:

—«Allí está, desmenuzando un panecillo y metiendo los pedazos (los del panecillo, no los del P. Herculano), ¡ójala fueran éstos! en un pocillo de chocolate».

¿Qué tal «amigo»... doctor?

«Todo un Ignacio hecho y derecho... desmenuzado en pedazos como de panecillo y metidos en un pocillo de chocolate» que el P. Mir paladea con un «ojalá» que es un primor literario y jesuiticol... ¿Cabe odio más concentrado y expresión más gráfica para manifestarlo?

A pesar del pocillo de chocolate, Vinyals nos afirma lo contrario. Según él, el P. Mir fué un perpetuo admirador de la Compañía y un fervido devoto de San Ignacio...

Quedamos enterados, doctor amigo. Ya sabemos cómo admira usted y cómo defiende á sus patrocinados.

Que Dios libre á sus enfermos de que trabuque los nombres de los menjures en las recetas, como trabuca las ideas en sus apologías, A. M. D. G.

S. PEY ORDEIX

Pascua de antes

La Iglesia no ha querido ser menos que Dios y también nos ha impuesto unos mandamientos. Entre ellos figura el que nos obliga á confesar y comulgar por lo menos una vez al año por Pascua, plazo que termina en la fiesta de la Trinidad. No haciéndolo así se sienta plaza de pecador público, se hace uno indigno de los sacramentos, sepultura eclesiástica, etc., etc.

Para obviar estos inconvenientes que ahora no nos dan frío ni calor, en los tiempos de la religiosidad española se ponían en juego mil artificios y tretas, como comulgar sin confesar, confesar de pura fórmula, y no confesar ni comulgar, sino adquirir aquellas famosas cedulitas en que consta que se ha cumplido con el precepto, cosa fácil mediante unos cuartos dados al sacristán ó á los monaguillos, timo místico que aún se ha prolongado hasta nuestros días y que utilizan los hijos de familia, los criados, alumnos de colegios católicos y todas aquellas personas á quienes conviene demostrar que han cumplido con el precepto pascual, sin necesidad de acercarse al *santo tribunal* y á la *sagrada mesa*.

La indiferencia religiosa que hoy ha invadido nuestras costumbres, no nos permite hacernos perfecto cargo de la importancia que antes tenían estas cosas. O habla que *cumplir* con la Iglesia, ó arrostrar un sin fin de humillaciones, atropellos, persecuciones y disgustos que llevaban aparejados la pérdida segura del prestigio y el pan. A la Iglesia no le importaba que la confesión y la comunión pascual se hicieran mal; lo que quería es que todo el mundo se supeditase á sus mandatos. No le importaban los hipócritas

as y los sacrilegos: lo que exigía era cer-
Vices rendidas y acatamientos externos.

El concilio lateranense de 1225 que puso esta carga sobre los fieles, fué fortalecido por los papas que decretaron penas corporales contra los transgresores del precepto pascual. Terminado el plazo *legal*, la policía pontificia echaba el guante á todos los morosos y los encerraba en la cárcel de Guardiola, cerca del Monte Citorio, y al día siguiente, á la hora en que las calles de Roma estaban más concurridas, se les hacía desfilar en parejas con esposas en las manos, bajo la vigilancia de una nutrida escolta, con dirección á la cárcel mayor. Este desfile, que se hacía para dar *buen ejemplo*, duró hasta que Gregorio XVI, convencido de que el pueblo llevaba muy á mal este vergonzoso espectáculo, ordenó que en lo sucesivo los no comulgadores fueran conducidos á la cárcel de oculto y sin ruido ni aparato.

Pero le sucedió el *liberalísimo* Pío IX, y en 1848 restauró el odioso ceremonial del público desfile de los encarcelados por no confesar y comulgar. Esto lo refiere con toda clase de detalles Monseñor Arcanio Muti en su *Diario*, con gran estupefacción de Roma que creía ya abolida en absoluta tan humillante práctica. Encadenados de dos en dos, como insignes malhechores, desfilaron por las calles unos cien infelices de éstos, sacados de la prisión de Guardiola para ser conducidos á la Cárcel Nueva, donde estuvieron varios días á *pan y agua* y de allí pasaron á la casa de Ponterotto, donde hicieron ocho días de Ejercicios espirituales, confesando y comulgando al final de ellos, después de lo cual se les ponía en libertad. En los años sucesivos, no queriendo los romanos pasar las fiestas de la Pascua en la cárcel, empezaron á acudir en busca de un vejete llamado de apodo *Sor Cencio*, que andaba siempre por la plaza Colonna vendiendo las cédulas de comunión pascual por un escudo, cédulas que él obtenía de las beatas y sacristanes á muy bajo precio, y así se adquiría la salvaguardia de caer en manos de los esbirros de Pío IX, entre los cuales figuraba el famoso Nardoni, cuyo oficio era husmear todas las conversaciones de la gente, sobre todo de los liberales, que por su delación eran enviados á centenares á la cárcel, tanto, que la condesa Maccagnani decía que el espía Nardoni era el proveedor de los carceleros romanos.

Tiempos á que volveríamos seguramente si á la Iglesia y á la *Molestia Social* se les dejaran las manos libres.

FRAY GERUNDIO

Hablemos del Catecismo

Lo que son los papistas

Puesto que los clericales se empuerran en agitar esta cuestión, sea en buen hora, que ellos llevan la de perder. Nadie tan dado á tirar piedras al techo ajeno y no hay quien tenga el propio de vidrio más ténue.

Los católicos son como los *ratas*, que gritan: ¡a esel, para evitar que justamente los persigan; también como los que muy fuerte vocean con el fin de que se crea que son muchos, y como los que á falta de argumentos, porque no tienen razón, vociferan, manotean, amenazan y, si pueden, llegan al empleo de la fuerza.

Producto de una falsa religión de perfidia como el papismo, en el mundo no hay nadie más bellaco y sinuoso que ellos. Píden libertad, todas las libertades, donde no dominan, y donde mandan no reconocen ninguna. Se dicen perseguidos cuando no los dejan perseguir á alguien, y robados cuando no se les permite saquear al prójimo.

Trinan contra la difamación, contra la fuerza, contra la presión sobre la conciencia y la palabra; pero difaman, no tienen otro sistema que el palo y violentan conciencias, plumas y palabra dónde y como pueden.

Nadie invoca más la ley vigente para su conveniencia; nadie la pisotea con más descaro: autoritarios para su provecho, se convierten en anarquistas á la menor contrariedad. La misma ley de Dios no es para ellos más que un arma contra el que se les opone, y un comodín elástico, patente de corso para no observar ley ninguna. Invocan las buenas formas y nadie hay más grosero, provocativo é insultante...

Cuanto más los veáis gritar y agitarse como epilépticos, menos razón les asiste; parecen valientes y no hay seres más tímidos, cuando la fuerza pública ú otra no les guarda las espaldas. Ahí está el Vaticano, altivo con los humildes, intransigente con los pueblos débiles; pero bajuno, rastrero, cobarde con las grandes naciones, y más si no son católicas.

La mentira papista

Una particularidad, que nunca será bastante bien apreciada: huyen como de la muerte de las cuestiones de fondo, las fundamentales, y en toda contienda su juego consiste en eludir la cuestión principal y sus verdaderos términos. para engañarse en digresiones en infundios, en laberintos que extravían y en mentiras que engañen: nadie sabe mentir como ellos.

Son inagotables en recursos de comedia, en falsedades y mixtificaciones, como lo es su dogmática bastarda. ¿Quién recurre ya hoy á las exposiciones firmadas por criaturas, sin excluir las de pecho? Pero esta infamia se concibe muy bien dentro de una secta cuyos sacerdotes preguntan muy serio, al recién nacido: ¿Quieres ser bautizado? ¿Renuncias al mundo y á sus pompas? Y lo que es más increíble y absurdo: en la respuesta que los padrinos dan en nombre del que aún no tiene voluntad ni entendimiento, basan esos sacerdotes una obligación de obedecerlos toda la vida y hasta de entregarles el cadáver.

El romanismo es una enfermedad, una lepra, una vesania funestísima, una plaga de las sociedades. ¿Cuándo se convencerán ellas de esta verdad? Conviene insistir en ella, recordar los extremos que acabo de escribir y son irrefutables; no los niegan los católicos mismos: hay que tenerlos en cuenta más que nunca en esta algarada del Catecismo, en la que los clericales no tienen ni sombra de razón; por eso gritan, por eso y porque no encuentran enfrente estadistas con ciencia, experiencia y firme voluntad.

Romanones, inepto

¿Por qué Romanones no estudió bien

esta cuestión antes de suscitarse? Porque no entendía ninguna, ni es capaz de ello ni sabe más que una cosa: buscar el Poder y aprovecharlo para sus intereses.

Un estadista, ya lo dijimos, habría preguntado á la de Unza del Valle: Señora, ¿sabría usted decir ahora mismo las bien aventuranzas y lo que significan? Usted, marquesa, ¿podría enumerar los catorce artículos de la fe, las obras de misericordia y explicar cómo está Cristo y cómo está Dios en la hostia? Se habrían quedado pegadas á la pared, ocasión propicia para increparlas por defender lo que ignoraban. Eso, y leerles los trozos del Catecismo insultantes para el rey, habría hecho un gran efecto. Que si quieren.

Eran gravísimas las citas del Catecismo que hoy más se usa en las escuelas, el es perpetuo embutido mezcla del Ripalda, el Astete, y las barbaridades bestiales, impias, heréticas, infames de un tercer jesuita, un adocenado sectario, el P. Arcos, confeccionador de esa morcilla. Además de lo que allí copiamos, el tal jesuita escribe y esto aprenden las criaturas, que los mandamientos de la Iglesia son no los cinco canónicos, sino ¡once!: *El sexto, no leer periódicos y libros malos; el séptimo, no ser masón; el octavo, no enviar los hijos á las escuelas donde no se enseña el Catecismo; el noveno, ¡no tener médico judío ni amo judío!...; el undécimo, defender el poder temporal del Papa.*

Señores, ¿qué es esto? Es más que la herejía, es la impostura, el vil engaño, el extravío de la inocente conciencia del niño, al que así se prepara muy bien para trabucarse, lleno de odio vesánico y de errores brutales.

Un canónigo contra los neos

Pues bien, ya que no Romanones, ha aprovechado, ha hecho mérito de nuestro artículo ¡un sacerdote!, un canónigo, y no para secundar á los jesuitas y á las damas; al contrario, para combatirlos indirectamente y hacer entrar á los católicos en razón. Ese presbítero es el canónigo de Oviedo, Sr. Arboleya, director de *El Carbayón*.

Allí ha escrito un artículo de tonos enérgicos, encaminado á que ese Catecismo sea prohibido, á que reclamen contra él los padres de familia, por sus *falsedades* (sic) y *exageraciones*, que hacen del Catecismo lo que no fué nunca; sobre esto, añade lo siguiente, que es de oro, ¡oh, jesuitas!

—No; nosotros, los católicos españoles, no tenemos la culpa de que se realicen intemperancias como la de añadir esas cosas al Catecismo; pero sí debiéramos pedir á quien corresponda que desautorice tamaños desaguisados, y sobre todo debemos decir muy alto y muy claro, que somos los más enemigos de que al lado de las páginas donde se exponen los misterios de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención, los Preceptos del decálogo y las sublimidades del Sermón de la Montaña, se ofrezcan á los tiernos niños otras páginas *resumando sectarismo político é inaguantable pedantería católica enrevesada*, como la que destinan esas desdichadas preguntas y respuestas copiadas, que nos hacen sentir lástima infinita para las infelices criaturas á quienes la carencia de sentido común hace meter en la memoria esas afirmaciones áridas, que el mismo autor se vería negro para explicarlas.

¿Lo oyen ustedes? Y ¿qué dirá á esto el P. Arcos? ¿Qué los jesuitas y las señoras? ¿Qué la Buena Prensa idiota esa? ¿Saldrán

á defender tales doctrinas y á probar que el P. Arcos no se ve negro para explicarlas? Callarán como purísimos fariseos.

Pero en el párrafo copiado del canónigo hay una inexactitud muy grande, cometida con mala fe.

¿Qué es eso de que los católicos no tienen culpa de tantas intemperancias, falsedades y exageraciones? ¿Quién la tiene, pues? ¿No está ese Catecismo autorizado por la censura eclesiástica, el entonces obispo de Madrid, Cos y Macho, que la otorgó con toda solemnidad? ¿No consienten todos los obispos, todos los párrocos, los consejeros de Instrucción pública, fevientes católicos, los inspectores, las damas y los maestros, la vigencia de ese Catecismo, que ha venido á ser el más común en las escuelas? ¿No lo sabía esto el Sr. Arboleya? ¿Lo ha denunciado y reprobado antes de ahora? ¿O será la culpa de los republicanos?

¿Quién, si no los católicos, sus autoridades, sus escritores, sus notables, proclaman á los jesuitas la *élite* del sacerdocio, una Orden inmejorable, casi infalible, de hecho inapelable, el órgano más autorizado del Papa y de la pura ortodoxia? ¿Quién se atreve á irles á la mano? ¿Los combate al guien? ¿Lo haría el Sr. Arboleya en campo abierto? Los odian todos, pero todos les rinden homenaje por cobardía bellaca. Pues aguantarse y arrostrar las consecuencias del estado anómalo y anárquico en que vive la Iglesia. Ustedes tienen la culpa, la tiene la Iglesia, es decir, su jerarquía; la tienen por solidaridad punible, todos los católicos.

De esto vamos á hablar algo y muy claro, señores: basta de equívocos, de farsas poco honradas y de mixtificaciones: ustedes y su falso catolicismo, su *papismo* grosero y anticristiano son una calamidad intolerable.

FERRANDIZ

La lámina de hoy

CONTRASTES

EL SERMON DEL CURA

En vano se desgaña
lleno de fevor el clérigo;
el suyo es sermón perdido,
pues no hay un alma en el templo.

EL SERMON DEL FRAILE

Se anuncia en cambio que un fraile
de este ó el otro convento,
á quien han puesto de moda
d. votos alabarderos,
jaleadoras beatas
y sietemesinos neos,
en tal iglesia p. edica,
y hay lo que se llama un lleno.
Así el fraile acaparando
el pú pito en su provecho,
va á lograr pronto que saque
de los que predica, el clero,
sólo lo que, según dicen,
saco del sermón el negro.

Costumbres públicas

DE AQUELLOS BUENOS TIEMPOS

El capítulo del ordenamiento del rey don Pedro publicado en las Cortes de

Valladolid de 1351, relativo al traje que debían usar las mancebas de los clérigos, dice así:

«Otrosi á lo que dicen que en muchas ciudades, é villas é logares del mio señorio, que hay muchas barraganas de clérigos, así públicas como escondidas é encobiertas que andan muy sueitamente é sin regla, trayendo pannos de grandes contías con adobos de oro, é de plata en tal manera, que con ufana, é sobervia que traen, non catan reverencia; ni honran á las dueñas honradas, é mujeres casadas, por lo cual acontece muchas vegadas, peleas y contiendas é dan ocasión á las otras mujeres por casar de facer maldad contra los establecimientos de la Sancta Iglesia, de lo cual se sigue muy gran pecado, é daño á las de mi señorio: é pidieronme merced que ordenase, é mandase á las barraganas de los clérigos traigan pannos viados de Ippe, sin adobo ninguno, porque sean conocidos. é apartadas de las dueñas honradas, é casadas.

»A esto respondo que tengo por bien que cualquier barragana de clérigo, pública ó escondida, que vistiere panno de color, que lo vista de viado de Ippe, ó irritana viada, é non otro ninguno: pero que si algunas non ovieron de vestir panno viado de Ippe ó de valenciana, ó de tiritana que puedan vestir pellicos de picote, ó de lienzo, é non otros pannos ningunos: é que traigan todas en las cabezas, sobre las ocas é velos á las coberturas con que se tocan, un prendero de lienzo que sea bermejo, de anchura de tres dedos en guisa que sean conocidas entre las otras. E si así non lo ficiere que pierdan por la primera vez las ropas que truxeren vestidas: é por la segunda que pierdan la ropa é pechen sesenta maravedís, é por la tercera que pierdan la ropa é que pechen ciento é veinte maravedís; é dende adelante por cada vegada que ficiere contra esto, que pierdan la ropa é que pechen la pena de los ciento é veinte maravedís.

»E esto, que lo pueda acusar cualquier del pueblo do acaesciere, é desta pena que haya yo, ó el señor del logar do fuere, la tertia parte, ó el Alguacil, ó el Merino ó el Juez que la prendare, la tertia parte: é si los dichos oficiales, ó algunos de ellos fallaren á estas mujeres tales sin la dicha señal, ó haciendo contra lo que dicho es, é las prendare sin otro acusador, que hayan la mitad de la dicha pena, é el oficial que esto non ficiere é compliese, que peche la pena sobredicha doblada, en la manera que dicho es.

De este ordenamiento en que se obliga á las barraganas públicas ó escondidas de los clérigos á ostentar unos picos bermejos sobre sus tocacas, derivase la frase vulgar, *ir de picos pardos*.

Sevillanas

De una interwiew celebrada hace varios días entre un redactor de *El Liberal* de Sevilla y un personaje conservador, aspirante á diputado á Cortes por esta ciudad, son los siguientes párrafos, tan sustanciosos, que no he podido resistir al deseo de copiar algunos y ofrecerlos á mis lectores. Hablando del caciquismo dijo el Sr. don Miguel Sánchez-Dalp, que es el personaje de referencia:

«Nuestros abusos vivían en épocas en que todo, como la luz, venía de alto. Pero

todo ha cambiado, y ahora todo se hace por votos en papel ó dinero, que á veces no se cifereñan.

«Cuando un hombre se establece en una comarca, el cacique procura abarcarlo ó anularlo, y tiene que someterse al soberano de aldea ó irse al bando opuesto para mandar á turno enojar.

«El hijo de buena familia que regresa al pueblo con su carrera, es cliente de algún vividor, ó si quiere ser diputado á Cortes se marcha con el que le da más facilidades.

«Así las masas son arriatadas por los peores, porque carecen de educación cívica para pensar por sí mismas.»

¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué requetegraciosos son estos monárquicos!

No contentos con explotar al pueblo, que por una incomprensible pasividad tolera la inicua humillación á que lo tienen sometido, estos hombres de la monarquía, en sus ratos de ocio (que en el día vienen á ser unas veinticuatro horas), se permiten ultrajar á ese mismo pueblo con bur-las, como esa en que supone anatematizar el caciquismo el Sr. Sánchez Dalp, cacique máximo y señor de vidas y haciendas en algunos pueblos de esta provincia, donde no se mueve la hoja del árbol sin previa orden suya, y donde la más pequeña infracción á sus caciquiles mandatos, es castigada como delito de lesa caciquismo.

No es de extrañar, sin embargo, el tono de solemne desdén con que este señor trata á la clase humilde, cuando se leen los siguientes párrafos de su interwew, llenos de una soberbia jactanciosa y ridícula:

«El Cristianismo no dice que suprime las desigualdades entre los hombres, entre ricos y pobres, es orzudo y débil: dice que á todos se les aplicará la misma ley. Dios no tiene para los hombres más que derecha ó izquierda. ¡Y decir Religión es decir moral! La moral enlaza la vida siempre á una misma ley. Nosotros los creyentes no acertamos á separar a moral de la ley cristiana.»

O lo que es igual: Cristo, según el señor Sánchez Dalp, creó dos castas de hombres: de un lado los elegidos, los poderosos, los ricos, los que viven en palacios suntuosos, en continua holganza y en perpetua orgía; del otro, el pueblo infeliz; los que nada tienen y todo lo producen; los miserables, que viven en infames tugurios y se alimentan con inmunda bazofia.

Cuando se tiene como el Sr. Sánchez-Dalp mil duros de renta diaria y se vive en un palacio como el que habita este señor en Sevilla, en cuya sola construcción ha invertido una millonada, hay que hablar bien de Cristo á la fuerza: diferente opinión tendrán de Jesús los infelices trabajadores de los extensos dominios del señor Sánchez-Dalp, que trabajan penosamente de sol á sol por tres reales y una cochina telera, con que tienen que mantener muchos de ellos una numerosa familia.

A continuación, el Sr. Sánchez Dalp hace las siguientes apreciaciones sobre la utilidad de la religión católica, apostólica, romana:

«En tal aspiración coinciden las religiones todas, y si en la nuestra se manifiesta con mayor intensidad, es porque se tiene acabado concepto de la eficacia de un principio cuya observancia estricta aleja á las masas del salvajismo, manteniéndolas en esa esquivada que da lugar á los grandes ideales históricos de que legítimamente se enorgullece la raza.»

¿Conque la religión aleja á las masas del salvajismo?

Pues yo, Sr. Sánchez Dalp, opino todo lo contrario á usted respecto á este particular; es más: yo entiendo que todo creyente, salvo muy contadas excepciones, sea

cualquiera la religión que profese, es un salvaje. Voy á ver si puedo demostrarlo.

Todos los grandes crímenes que registra la Historia de nuestra patria, se cometen al amparo de la religión, por hombres que alardeaban de una profunda fe en las doctrinas del Crucificado.

Católicos y muy católicos eran los asesinos que formaban el execrable Tribunal de la Inquisición, que, en nombre de Jesucristo, achicharró en sus hogueras á media España y hace pocos años, tan pocos, que usted, Sr. Sánchez Dalp, lo recordará perfectamente, las bandas de foragidos que componían el partido carlista, también en nombre de Cristo, en poco estuvo que no acabaran con España á fuerza de asesinatos.

Católicos y muy católicos fueron: el cura Merino, que atentó contra la vida de Isabel II; el cura Galeote, que asesinó al obispo de Madrid, el cura de Torrecilla de Cameros, que hace pocos años degolló á una joven porque no quiso prestarse á ser su concubina; y como digno rival en crueldad de todos estos santos varones, el cura de Locubín, que envenenó á su padre y luego trató de desfigurar el cadáver machacándole la cabeza con un enorme pedrusco.

Esto por lo que respecta á la gente de hábito talar, con cuya historia de crímenes habría para llenar mil cuartillas como ésta; por lo que se refiere á la masa del pueblo, vemos con harta frecuencia que no hay navajazo que no vaya acompañado de un «Dios me perdone» como testimonio de la creencia del asesino; y todos sabemos que el trabuco naranjero no es otra cosa que la prolongación del escapulario.

Con tamañas medallas de la Virgen del Carmen colgadas al cuello, salían los bandidos en Sierra Morena al encuentro de los viajeros, á los que desvalijaban muy católicamente hasta dejarlos en camisa; y no hay asesino que vaya al patíbulo sin un Santo Cristo en las manos y macullando oraciones durante su triste calvario.

En fin: los asesinos de Gador, crimen el más bestial y el más repugnante de que yo hago memoria, católicos y muy católicos eran; tanto, que uno de ellos, el Moruno, ya tenía tres años de latín en el buche, cursados en el Seminario, cuando se bebió la sangre del niño Bernardo González.

Por tanto, Sr. Sánchez Dalp, la religión como usted supone (desde luego por la cuenta que le tiene) no es un freno á los malos instintos del individuo; más bien la considero yo como acicate poderoso para despertar tanto en el hombre como en la mujer las malas pasiones, por aquello de que al decir creyente en materia de religión, se sobreentiende que es ó un pillo ó un ignorante; y ya sabemos que la pillería como la ignorancia engendra toda clase de maldades; mucho más cuando el católico abraza el convencimiento de que, por muy horrendo que sea el crimen que cometa, basta una simple absolución para dejarlo en menos de un periquete en disposición de ocupar dignamente en el cielo la diestra de Dios Padre Todopoderoso... amén.

E. GIMENEZ MONROY

Marzo 1918.

En el ministerio de Gracia y Justicia

Recorte de la prensa diaria del día 3:
«El ministro de Gracia y Justicia remi-

tió al juez de guardia el expediente incoado en el Registro de últimas voluntades, para esclarecer todo lo relativo á la sus-tracción de pólizas en la mencionada dependencia.

«El juez de guardia, al tener conocimiento del asunto, ordenó que se practicaran varias diligencias.

«A consecuencia de los registros fueron detenidos dos individuos, trasladándolos á presencia del juez de guardia, ante quien prestaron declaración.

«La defraudación descubierta asciende á 4.500 pólizas despegadas de otras tantas instancias dirigidas al citado Registro de últimas voluntades.»

¡Señor, Señor! ¡Y pensar que aquel ministerio es el Templo de la Justicia!...

Verdad es que se trata de un hurto pequeño.

De los grandes ¡ni una palabra!

Cosas de risa

La feria de las conciencias

En una asignatura de todas las carreras, debería preguntarse:

—¿Qué es conciencia?

Y sin disquisiciones filosóficas, como hoy, según dicen, nada hay difícil, podría contestarse acertadamente:

—Una cantidad de oro, de plata ó de cobre, según la categoría social del comprador de ambiciones ó de miserias, ó del que las pone á la venta en el bazar social.

La conciencia de quien lleva chistera no es, lógicamente pensando, como la del chupatintas de un Juzgado municipal.

Claro también resulta, que la mercancía pudor, virginidad del cuerpo femenino, en toda situación de la sociedad no ha de ser ponderada con sujeción á la mujer, ni con arreglo á la belleza, sino como admirada en artística vitrina ó vista en el fango del arroyo.

Distingamos en algunas ocasiones, caballeros.

Cuando vean un juez en la calle, deben admirar su levita, que, mírese como se mire, en el lustre del paño se adivina la conciencia.

Cuanto más lustrosa, más elegante, más inglesa la prenda, metiendo los dedos en nuestro bolsillo menos creemos que puede cometerse un asesinato.

Razón suprema, señores, el coste de la levita.

No digamos cómo resulta inasequible una dama que admira al garañón. Va vestida de seda y no nos cree cotizables en el mercado de sus disoluciones, por *aquello* de nuestro mediano ó mal pelaje. ¡Bravo!

Alemás, lo vulgar huele, apesta su conciencia como si fuera arquerosa cloaca. Bien puede graduarse el valor amoroso de todo lo mui-ero.

Decididamente es muy amable la imbecilidad de las gentecillas.

No ver en la sociedad el *Temple* parisién ó en las *Américas* madrileñas la gran ropavejería de la honradez, del pudor, de todas las vergüenzas, es padecer miopía de entendimiento.

Hay en el chalaneo quien de tal manera obró al venderse, que por su elevada cotización hasta le llaman estafador de la dignidad que se ha mercado más tarde. Ascendió demasiado y estafa á otros la consideración social. Luego, él mismo, echá idoles puñados de oro á la cara, á muchos ilustres abogados, á los doctores en divinidades, á los reverenciados políticos, á los galenos, á las grandes señoras, les grita que no tienen ni piltrafas de lo que no se ve ni se toca, pues lo compró como se compran los perritos.

Hay quien lo afirma.

El acaudalado se convierte en marchante de las conciencias.

¿Tiene pleito? Un pupilo puede ser despojado, empleando los dineros que administrando sus bienes le robaron? ¿Es necesario adquirir celebridad en las artes ó en la ciencia? ¿Se necesita conseguir nombradía en política, en fama, en honor, en alguna manifestación de la vida, con sus esplendores, sus goces y sus vanidades? Todo os lo darán hecho si pedís autorización para decir cuán justa es vuestra demanda, asomando al despacho, antes de entrar á él, una mano que lleve un billete del Banco.

Hay gentes que tanto pensaron en venderse que tienen apollillada la vergüenza. Y nadie les compra un adarme. Son los inútiles con ambición. ¿Para qué se quiere la conciencia del inútil? Ese tiene el derecho de ser honrado.

Se chalanea en la plaza pública. Ya no existe ni en la reminiscencia del pudor que hace cubrir los rostros con la carátula de la comedia.

Realmente, no es necesaria.

El Aretino cometería indisculpable necesidad—las necesidades de los grandes hombres no tienen disculpa—naciendo hablar latín á sus desenfada 'a monja'. Nadie quiere que la toga de la delicadeza, ni aun la telilla del huevo roto llamado bien parecer, encubran aquellas artes combinatorias de la noble profesión de chararilear con la vergüenza.

Decidle al banquero de hoy, recientemente pegujalero, con que deberá ser tapada la boca de los muchos que van gritando por esas calles de Dios... ó del Diablo:

—¿Quién da más?

Y os responderá sin vacilación que con cheque contra el establecimiento bancario donde se chalanea más hábil ó más afortunadamente tomando á quien pasa por la puerta el céntimo ó el millón, lo que sea posible.

En la primera venta, muy bien puede conseguir el vendedor astuto la suma necesaria para, á su vez, comprar la conciencia de otros, más míseros entonces.

Y así, en el intercambio de las moralidades, unos terminan por enriquecerse y entonces devoran, del ministro al goliata, del príncipe al lacayo, del excelso al

covachuelista, de la duquesa al chulo y á la meretriz.

Hasta las meretrices adquieren categoría con los buenos trajes. Los pingajos restan calidad al nacimiento, á la inteligencia, al placer. Naturalmente.

La misa en que oficia el arzobispo no es el mismo acto que la en que oficia el cura del lugarejo.

Y no hablemos de los sabios, porque tienen la magna ciencia de la cotorra. Loemos al animalito. Y creamos de la otra cualidad como de los embaucadores de muchedumbres recitando aquello de: ...y dijo Menganez...y adujo Perengano.

¡Bravos landreros de la sabiduría!

Parece muy extraño que haya tan pocos hombres que satiricen la feria de las conciencias.

¿Hay en ellos temor, pues deberían zaherir lo más sagrado en lo divino y lo más sagrado en lo humano?

Siempre hallarían ocasión para demostrar por qué Juvenal escribió sus sátiras.

AMADEO ANTON

De los legalistas flotantes (1)

Un matrimonio de buenos trabajadores, paseando por el campo solitario, en busca de sosiego á sus cuitas, hallaron á Ancién meditabundo, con las huellas de la tristeza en el rostro, que también paseaba acompañado de su esposa y de sus hijos. El sol poniente, desde cielo con nubes grises, alumbraba con melancolía el paisaje de copudos castaños, que bordeaba un profundo arroyo corriente entre piedras, helechos y adelfas.

—Maestro: ¿por qué estás triste?

—Os lo diré. Hoy vi agonizar á uno de esos hombres que son víctimas del choque entre su integridad probada y la legislación corriente. Como todos ellos, en vida caminaba erguido y sereno, pero en su faz notábanse los surcos del dolor y de la pesadumbre que produjeron heridas de sentimientos nobles, contradicciones de altos principios, burlas de ideales... Estos hombres cuidan de que sus intenciones sean conformes con el bien; se indignan cuando ven á los que buscan triquiñuelas entre las leyes para satisfacer sus apetitos concupiscentes sin caer en faltas y penas legales; siguen constante y heroicamente el camino moral; y... ¿sabéis hasta dónde llegan en su sacrificio?.. Llegan á ser censurados por la opinión y las preocupaciones públicas, que los anatematizan y hasta se apartan de ellos; y á veces esos hombres honrados y de buena fe, esos moralistas íntegros que no soportan las deficiencias legales ni las leyes injustas, inequitativas ó regresivas, esos mártires del deber y de la virtud, quedan enredados por los arteros pescadores en la red de las leyes, son condenados por los tribunales y caen en las garras de la reclusión penal... ¡Pobres

mártires! ¡Sus padecimientos van á compensar de las grandes decepciones que laceran su cerebro y su corazón!

—¡Pobres mártires!... Pero, no serán muchos.

—Son pocos; los muchos son los otros, los legalistas flotantes, los que cuidan de que sus hechos públicos estén conformes con las leyes vigentes, y saben buscar y ballar las triquiñuelas entre las leyes para satisfacer sus apetitos concupiscentes sin caer en faltas y penas legales; y así en la intimidad y en el fondo oculto ó disimulado hacen sus caprichos y maldades, gozan con cínico egoísmo y malvada hipocresía, protegen á los que necesitan para sus concupiscencias, y á los demás engañan ó burlan, explotan ó aniquilan; aunque alguna vez sean murmurados, nadie les puede condenar en derecho, la opinión y las convenciones públicas los consideran, los honran, los aplauden, y ellos pasan junto á los tribunales con aire de satisfacción y miran compasivamente á las puertas de los penales...

¿Cómo no acordarse de muchos juicios coincidentes con este expuesto? «Escribas y fariseos hipócritas, semejantes á los sepulcros blanqueados, como dice el *Evangelio* de San Mateo, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad.» Por la pluma de Quevedo en *El mundo por dentro* oímos á «un viejo venerable en sus canas, mal tratado, roto por mil partes el vestido y pisado, no por eso ridículo, antes severo y digno de respeto», símbolo del Disengaño, que le dice al joven curioso: «Si tú quieres, hijo, ver el mundo, ven conmigo; que yo te llevaré á la calle mayor, que es adonde salen todas las figuras... Y, ¿cómo se llama, preguntó el joven, la calle mayor del mundo donde hemos de ir? Llámase, respondió el viejo, Hipocresía; calle que empieza con el mundo, y acabará con él, y no hay nadie casi que no tenga, si no una casa, un cuarto ó un aposento en ella. Unos son vecinos, y otros paseantes.»

—Verdad, maestro, que son muchos.

—En marco semejante encajan muchos hombres; muchos que, aunque no lleguen al extremo completo de los legalistas flotantes, obran inmoralmente en la intimidad psicológica, cuidando de no traspasar los preceptos legales, que son los que se ven y los que tienen sanciones de coacción externa y castigos reglamentados... Y así las sociedades humanas aparecen muy legales, pero son muy inmorales é injustas... ¡Qué opiniones y qué sociedades!... Con estas exclamaciones, mis buenos amigos, me acude el recuerdo de una copla del *Romance*, de Lope de Vega, que empieza: «A mis soledades voy, de mis soledades vengo.»

«Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos:
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidendo.»

A. GUICHOC

(1) Del libro recién publicado, *Cómo habla Ancién*.